NUNCA SE MUERE

LUCKY MARTY



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

NUNCA SE MUERE

LUCKY MARTY



BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

LUCKY MARTY

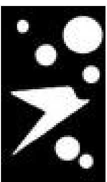
NUNCA SE MUERE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 20

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal: B 44082–1970

Impreso en España – Printed in Spain

1. ª edición: diciembre, 1970

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. —Cronoclismo, *Glenn Parrish*.
2. —Un minuto en la cuarta dimensión, *Ralph Barby*.
3. —Torbellino de horror,*Marcus Sidéreo*.
4. —Máquinas rebeldes, *Glenn Parrish.*
5. —S.O.S. Venus, *Peter Debry*.

Si nos ofrecieran la inmortalidad en la tierra, ¿quién querría aceptar esta triste dádiva?

Rousseau

CAPÍTULO PRIMERO

El comandante del "Saturno 8" echó una mirada a los paneles de mando. El computador electrónico le dio las cifras que esperaba y, tras volverse a su copiloto, ordenó de forma misteriosa:

—Puedes poner el piloto automático, Jim.

Jim March sabía lo que aquella orden significaba y, por eso, casi con un hilo de voz, aún quiso comprobar, al mirar a su jefe:

—¿Ya, Simun?

—Sí, Jim; estamos a cien mil millas de los anillos de Saturno. ¡Es preciso!

El joven teniente Jim March volvió a dudar, al decir:

—Lo sé, pero... ¡Nunca me ha gustado eso de la hibernación! Es como si le sumergieran a uno en la muerte.

—Bobadas, muchacho. Todos pasamos las pruebas, y ya ves. ¡Estamos bien vivos!

—Una cosa es que tenga lugar en la Tierra, y otra, aquí, Simun. ¡A 1.186 millones de kilómetros de ella!

Simun Buskey abandonó su asiento, tocó el hombro a su joven copiloto, y le animó, indicándole los mandos:

—Anda, Jim; no pierdas tiempo. Voy a ver a la doctora Bourvil, para saber si ya terminó con los otros.

Antes de salir de la cabina, el comandante del "Saturno 8" se volvió en la puerta para añadir:

—Transmite la orden a la escuadrilla, Jim.

Al salir al amplio pasillo metálico, Simun Buskey se situó en la parte derecha para que le llevase hasta el ascensor la cinta transportadora. La puerta se abrió automáticamente, y en menos de un minuto ya estaba en la planta baja de la gigantesca astronave.

Al salir al pasillo, vio la rubia cabellera de la doctora Eva Bourvil, acompañada de dos de sus enfermeras ayudantes. Simun

Buskey volvió a sentir el deseo de hundir sus dedos en aquellos cabellos dorados como el trigo, para luego buscar el exquisito contacto de los labios de aquella mujer. Por eso avivó el paso hacia las tres, llamando desde lejos:

—Doctora Bourvil…

Eva Bourvil le reconoció al volver la cabeza y, al instante, tras obsequiarle con su deliciosa sonrisa, ordenó a sus dos ayudantes:

—Vayan al laboratorio y sigan. ¡Quedan pocos minutos!

Simun Buskey acortó el paso para dar tiempo a que las dos enfermeras doblaran el recodo del pasillo. Pero luego corrió hacia la mujer de cabellos rubios, estrechándola en sus brazos con ansias, al musitar, sintiendo en sus labios el contacto de aquella suave mejilla femenina.

—¡Cariño!… ¿No podemos estar estos últimos minutos juntos?

Eva Bourvil también le abrazó, aunque al instante quiso apartarse de él, razonando:

—Imposible, Simun. ¡Aún tenemos que efectuar la hibernación de los que quedan!

—¡Precisamente por eso, mujer! Antes de que nos sumerjas en esa “muerte” quiero… quiero…

—No seas loco, Simun!

—¡Es que estoy loco, Eva! ¡Por ti!

Ella logró librarse del acoso del hombre, con mohines divertidos. Pero luego, sus ojos azules le miraron, severos, al decir:

—¡Basta, Simun! Tendremos una eternidad para amarnos.

Vehemente, intentando enlazar otra vez aquella tentadora cintura, él replicó con fuego en la voz:

—¡Cambio esa eternidad, por unos minutos contigo, Eva!

—¡No seas niño!

—Todos los enamorados somos niños. ¿Tú, no?

—No, Simun: soy la encargada de llevar a término esta operación… ¡Y debo hacerlo! La obligación es antes que la devoción.

—¡Cierto! Pero, ¿nunca se te aflojan los nervios? ¿Nunca olvidas lo que DEBES hacer, para realizar lo que anhelas?

—¡Nunca! Nos han adiestrado para eso.

Simun Buskey no quiso rendirse, y casi imploró:

—¡Ha sido un viaje delicioso, Eva! Un viaje maravilloso hacia las estrellas, sintiendo que aquí, dentro del "Saturno 8"… ¡tenía mi cielo! ¡Tú, mujer!

Vio que ella nada replicaba, e insistió, nuevamente sus manos hacia ella.

—Pero ahora… ¡Esos tres condenados meses de hibernación…!

—Son necesarios, Simun. No podemos entrar en la órbita de Saturno sin sometemos a esa prueba. El paso por los anillos puede durar media semana o esos tres meses. ¡Y ya conoces las órdenes!

—¡De acuerdo! Soy el primero en hacerlas cumplir. Pero porque estemos tú y yo juntos los últimos minutos no…

—No insistas, Simun. ¡Por favor!

—¡Está bien! Empieza a manipular en mi cuerpo, y méteme en una de esas condenadas cámaras de hibernación. ¡Será muy divertido permanecer noventa días uno junto al otro, como si fuéramos momias!

La voz del comandante de la astronave había sonado falsamente colérica, y la mujer contestó con una pregunta:

—¿Ya le dijiste a Jim que pusiera el piloto automático?

—¡Sí!

—¿Y transmitisteis la orden al resto de la escuadrilla?

—¡Sí, doctora Bourvil!

Ella le miró directamente a los ojos, entre divertida y molesta, al advertir:

—Sin bromas, Simun. ¿Crees que a mí me gusta hacerlo?

—Eso parece, Eva. Siempre dije que las mujeres que son un pozo de ciencia, pierden parte de su femineidad.

Los grandes ojos azules de la doctora Eva Bourvil parecieron adquirir mayor tamaño y brillo, ofreciéndole la seda de su mano, al

musitar:

—Ven, cariño... ¡Te demostraré lo contrario!

* * *

La pantalla del visófono empezó a parpadear. Simun Buskey se plantó ante el aparato en dos zancadas, y, al accionar el intercomunicador, el rostro del teniente Jim March apareció para exclamar:

—¡Ya era hora, Simun! ¿Dónde te habías metido?

Simun Buskey se situó prudentemente ante el aparato, para que en la pantalla de la cabina de mandos su copiloto sólo pudiera verle parte del rostro. Y su ceño apareció fruncido, al indagar:

—Deja de hacer preguntas, y contesta a ésta, Jim. ¿Qué pasa?

—Algo muy grave, Simun. La enfermera encargada de las cámaras de hibernación, me ha traído un parte... al no encontrar tampoco a la doctora Bourvil.

El comandante del “Saturno 8” miró al fondo de la cabina para buscar unos ojos intensamente azules. Luego volvió el rostro hacia la pantalla del visófono, y anunció, antes de cortar el intercomunicador:

—¡Voy para allá, Jim!

Nuevamente el ascensor le llevó a la cuarta planta de la astronave, y la cinta transportadora le situó ante la cabina de mando, que se abrió accionada por lascélulas fotoeléctricas. Jim March había cumplido la orden recibida, y la astronave marchaba guiada por el piloto automático: por eso el teniente estaba en uno de los extremos de la cabina, hablando con una enfermera y dos hombres uniformados de la tripulación. Al verle entrar, su ayudante avanzó hacia él, con un papel en la mano, ofreciéndole, muy serio:

—Echa una mirada a este informe, Simun.

Le bastó una mirada para leer las cifras, encarándose con la enfermera, al indagar, casi ronca la voz:

—¿Qué ha pasado?

La muchacha pareció vacilar, antes de excusarse, angustiada:

—No... ¡No lo sé, comandante! Se me ocurrió hacer algunas comprobaciones, al ver que la doctora Bourvil no llegaba y... ¡Es horrible!

Casi estrujando el informe en su mano nerviosa, Simun Buskey quiso confirmar con su pregunta:

—¿Todos muertos?

—Sí, comandante... Las mezclas de serotonina sintética con la psylocibina para someterlos a la hibernación, no estaban bien graduadas y... ¡No sé cómo ha podido pasar!

Irritado al máximo, con brusco gesto de la mano que sujetaba el papel del informe, el responsable del "Saturno 8" gritó:

—¡No entiendo de eso, señorita! ¡Soy cosmonauta, y no médico! ¡Pero dígame ahora mismo quién ha podido ser el responsable!

—No... no sé, comandante. La... la doctora Bourvil nos dio las fórmulas para las mezclas y nosotras... nosotras. ¡Le digo que es horrible!

—¡Es más que eso, señorita! ¡Me huele a un criminal sabotaje! ¡Han asesinado a la mayoría de la dotación de esta nave!

En dos zancadas, Simun Buskey se plantó ante el visófono, conectando la pantalla para buscar la intercomunicación con la doctora Eva Bourvil. El circuito quedó establecido, pero, al no acudir nadie a la pantalla, bajó otra clavija del panel de mandos. El rostro agraciado de la doctora Eva Bourvil apareció ya en su laboratorio, apremiándola el comandante de la nave:

—¿Sabe ya lo ocurrido, doctora Bourvil?

El bello rostro de la rubia mujer, anunció en la pantalla:

—Sí, comandante. Estoy intentando averiguar cómo ha podido pasar una cosa así. ¡Tan terrible!

—Reúna a todas sus enfermeras ayudantes. ¡Voy ahora mismo para allí!

Simun Buskey desconectó el visófono, buscó la mirada de su copiloto, y señalando los mandos, ordenó:

—Varía el rumbo, Jim. No seguiremos hacia Saturno hasta averiguar lo que ha pasado.

Caminaba ya hacia la aterrada enfermera y los dos hombres de la tripulación, cuando añadió a su orden:

—Que el resto de la escuadrilla haga lo mismo. ¡Cuídate de todo, Jim!

—Bien, comandante.

Al descender en el ascensor, acompañado por los dos hombres y la enfermera, Simun Buskey sintió como náuseas en el estómago.

Nunca había sufrido tal molestia, y le constaba que no era debido al descenso del elevador automático. Más bien la angustia venía de pensar que su querida astronave, el “Saturno 8”, del cual él era el responsable, ahora viajaba a velocidad de vértigo por el espacio, convertida en un gigantesco ataúd.

Un magnífico ataúd, maravilla y orgullo de la aeronáutica moderna, que transportaba los cadáveres de trescientos hombres y mujeres, que habían muerto al ser sometidos a la hibernación programada.

Una hibernación que para ellos sería eterna.

CAPÍTULO II

Eva Bourvil sintió que la mirada gris del hombre era muy distinta ahora. Ya no había amor ni dulzura en aquellos ojos, cuando su voz, marcadamente varonil, indagó, nada más quedar ante ella:

—¿Qué ha pasado, doctora Bourvil?

Ella parpadeó, molesta quizá por la presencia de la enfermera y los dos hombres de la tripulación que acompañaban al comandante. También captó aquel ceremonioso "doctora Bourvil" en los labios de Simun Buskey, y al fin, replicó:

—Ha debido ser un accidente, Simun.

—¡O un criminal sabotaje! La señorita Spert dice que comprobó que las mezclas no eran correctas. ¡Qué estaban descompensadas!

—Sí, Simun... Es eso lo que les ha causado la muerte. Excesiva dosis dé psylocibina.

—¿No controla usted las mezclas?

—¡Sí! Pero quizá alguna de mis enfermeras...

—Doctora Bourvil —empezó a protestar la enfermera Spert.

La mano enérgica del comandante de la astronave se movió, ordenando, tajante:

—¡Cállese, señorita Spert! ¡Las preguntas las hagoyo!

—Sí, comandante.

Simun Buskey se volvió hacia la enfermera y los dos hombres de la tripulación que le acompañaban, indicando con la voz y el gesto:

—Esperen fuera.

La puerta volvió a quedar cerrada tras ellos, y Simun Buskey aún apremió:

—Bien, Eva... Comprenderás que esta monstruosidad tiene que tener una explicación.

—Cierto, Simun, pero..., ¿por qué me miras así? Hace unos minutos estabas muy cariñoso conmigo y ahora... ahora...

—Ahora, cerca de trescientos seres han muerto, Eva. ¡Y soy el responsable del “Saturno 8”!

—Pero, ¿es que te acusas porque hayamos estado unos minutos en...?

—Antes tenías razón, Eva. ¡El deber es antes que la devoción! Ninguno de los dos debimos dejar nuestra tarea. ¡Quizá esto no habría ocurrido!

—No te culpes, ni lo hagas conmigo, Simun. Las mezclas, ya estaban hechas mucho antes.

—¿Por qué no las comprobastes?

—¡Lo hice!

—¿Entonces...?

—¡Te digo que no me explico cómo ha podido ocurrir! Todo estaba dispuesto para la hibernación y mis ayudantes empezaron cuando...

Simun Buskey se sentía molesto. Terriblemente irritado, al tener que hablar de todo aquello con la mujer que tan locamente le atraía. Ella tenía razón. Apenas hacía unos minutos que habían sido intensamente felices, y ahora...

Sin necesidad de tener que trasladarse a la cámara de hibernación, se figuró, con la imaginación, la larga hilera de nichos cómodamente instalados en la parte inferior de aquella misma planta de la astronave. Metida en aquellas urnas de material transparente, toda la dotación debía haber permanecido tres meses de vuelo a través de los anillos que circundaban al planeta Saturno, para, al recuperarse de la programada somnolencia, volver a ocupar cada uno su puesto.

Pero ahora...

—¡Soy el comandante de un cementerio! —gritó, llevado por tales pensamientos.

—No te excites, Simun. ¡Debemos conservar la calma!

—¿Y crees que es posible? ¿No pesan en ti todos esos hombres y mujeres muertos, Eva?

—¡No! ¡Porque no soy la responsable!

Se miraban intensamente y, al fin, él pudo musitar, ronca la voz:

—Lo eres, Eva... Aunque me cueste decirlo y aunque haya sido por un fatal error. ¡Pero lo eres!

—¡Niego esa responsabilidad! Alguna de mis ayudantes pudo alterar las mezclas.

—¿De cuál sospechas?

—No sé, Simun... Todas han sido, hasta ahora, eficientes. Las conozco bien, y no me explico qué motivos puede haber para una cosa así.

—Cierto; en toda la galaxia reina hace dos siglos la paz. ¡Sólo una mente loca puede cometer un crimen así!

—Por eso te pido que te calmes. Si queremos averiguar quién fue el responsable, necesitamos serenidad.

—Es difícil guardarla, Eva. De toda la dotación, me quedan esos dos hombres de ahí fuera, Jim... ¡Y yo!

—De todas formas, llegaremos a Saturno. El piloto automático puede suplir muy bien...

—No iremos ya a Saturno.

—¿Cómo dices, Simun?

—Debemos regresar a la Tierra, Eva.

—Pero, ¿por qué, cariño?

—Sencillo: primero, para presentarme ante mis jefes. Ysegundo, porque no voy a descender en Saturno y anunciar: "¡Ahí tienen! Los científicos, sabios y especialistas que les traíamos para que esta colonia se desarrolle mejor... ¡están muertos!"

—Es que... regresar a la Tierra, Simun...

—¿Qué pasa, Eva? ¿Temes a las responsabilidades que nos puedan caer por esto?

Eva Bourvil le miró valientemente a los ojos, al exclamar con sinceridad:

—¡Sí, Simun! Abrirán una investigación.

—¡Que lo hagan! Si no eres responsable…

—De todas formas, estaremos detenidos mucho tiempo. En Saturno, sería muy distinto.

—No me gusta rehuir mi responsabilidad, Eva. Eso, sin contar que en toda la Confederación Galáxica reinan las mismas leyes.

—¿Y si el resto de la escuadrilla no te obedece?

Simun Buskey quedó extrañadísimo ante la pregunta de la mujer. Logró vencer su perplejidad, y replicó con otra pregunta:

—¿Por qué no habrían de obedecerme, Eva?

—No sé, Simun. Quizá en las otras naves haya pasado igual que en ésta y…

La mano del comandante del "Saturno 8" golpeó su frente, al exclamar:

—¡Dios santo! ¡No había pensado en eso!

Giró hacia la puerta, pero se volvió para indicar:

—No salgas de aquí, Eva. Ya me cuidaré de interrogar a tus enfermeras. ¡Ahora, debo volver a la cabina de mandos!

* * *

Nada más entrar en la cabina, Jim March demostró una vez más eficacia, al anunciarle, adelantándose a sus deseos:

—"Saturno 7" y "Saturno 6" no responden. Intenté comunicar con ellos, pero…

—¿Qué pasa con el "Saturno 5" y "Saturno 4", Jim?

El comandante de la astronave aún no se había sentado, por lo que le recomendó su copiloto:

—Agárrate bien, Simun.

—¡Suéltalo de una vez, Jim! ¿Qué demonios pasa?

—¡Me han enviado al cuerno!

—¿Al qué…?

—A paseo: Gregory y Lynn me han contestado que no quieren saber nada de nosotros.

—¡Imposible! ¿O es que se han vuelto locos?

—Di mejor insubordinados, Simun. ¡Se niegan a obedecer a su comandante!

—Pero entonces…, ¿siguen camino de Saturno?

—Así parece, echa una mirada a la pantalla del radar y por las coordenadas de sus rumbos, lo adivinarás.

Simun Buskey lo hizo y, nervioso, ordenó:

—¡Intenta otra vez entrar en comunicación con ellos!

Jim March lo hizo, pero el silencio fue la respuesta. En el paroxismo de su irritación, Simun Buskey se inclinó hacia la radio para bramar:

—¡Aquí “Saturno 8”! ¡Comandante de escuadrilla a todas sus unidades! ¡”Saturno 8” llamando! ¡Contesten, diablos!

La cabeza del joven copiloto se movió significativamente, musitando:

—No te esfuerces, Simun.

—Pero, ¿qué diablos pasa? ¡Esto es una sublevación!

—Creo que es peor aún, mi comandante. Llevamos a bordo una mente criminal.

—Y lo que es más grave, Jim: debe tratarse de alguna confabulación. ¡Es terrible no saber lo que pasa en las otras astronaves!

—Puedes calcular que lo mismo que en ésta… ¡O algo peor!

Simun Buskey se puso a reflexionar, dando lugar, con su prolongado silencio, a que Jim March volviese a hablar al inquirir:

—¿Rumbo, Simun?

—¡Maldito si lo sé, Jim.! Todo esto me tiene perplejo.

Reinó nuevamente el silencio, antes de añadir:

—Reflexionemos, Jim: si se trata de alguna criminal confabulación, el motivo debe estar en Saturno.

—¿Por qué?

—Sencillo: Gregory y Lynn te han contestado que nada quieren saber con nosotros, y siguen el viaje. “Saturno 7” y “Saturno 6” ni te han contestado. Pero mira la pantalla del radar... ¡Siguen alejándose!

Jim March también guardó silencio, antes de opinar:

—Bien: una cosa parece acertada, Simun. ¡Nosotros no vamos a Saturno!

—Eso es lo que le dije a la doctora Bourvil. ¡Regresamos a la Tierra!

El joven copiloto parecía dudar, antes de preguntar a su jefe algo que adivinaba le podía doler. Pero las circunstancias no eran para andar con delicadezas, y al fin se decidió a decir:

—¿Qué hay de esa diosa rubia, amigo?

—Explícate, Jim. ¿Qué quieres decir?

—¿No es ella la responsable de que la hibernación programada resultase una atroz matanza?

Los ojos grises de Simun Buskey buscaron con ansias las pupilas del amigo. Y jadeó, al indagar:

—¿La crees capaz a ella, Jim?

—¿No es la responsable del laboratorio?

—Sí, pero...

—¿Qué, Simun?

—Tiene doce enfermeras ayudantes. Alguna de ellas pudo alterar, a última hora, las mezclas.

—Sí, claro...

Pero vio como el copiloto le entregaba el mando de la nave con un gesto significativo, anunciándole, al abandonar el asiento:

—Nos quedan Ralph y Nelson. ¿No es así?

—Así es, Jim. ¡Sólo quedamos cuatro! ¿A dónde vas?

—Voy a ahorrarte un trabajo ingrato, Simun. ¡Me encantará hablar con esas mujercitas… incluyendo a la bonita doctora Eva Bourvil!

Simun Buskey nada objetó. En el fondo, si, tan eficaz como siempre, Jim March conseguía averiguar el porqué de todo aquello tan monstruoso, y localizar al culpable, como él mismo había dicho: le ahorraría un trabajo i ingrato.

Sólo que no había llegado su ayudante a la puerta de la cabina de mandos, cuando al fijarse en la pantalla del radar, el comandante del “Saturno 8” gritó:

—¡Un momento, Jim! ¡Mira esto! ¡Regresan! ¡Se están acercando!

CAPÍTULO III

Las pupilas de Jim March también se dilataban, al clavarlas sin pestañear en la amplia pantalla de radar panorámico.

Aquellos dos puntos que se acercaban a velocidad de vértigo no podían significar nada más que una cosa: dos de las astronaves que habían realizado el largo viaje desde la Tierra con ellos, volvían para reunirse con el comandante de la escuadrilla.

Simun Buskey atrapó el intercomunicador, hablando:

—¡Aquí “Saturno 8”! ¡”Saturno 8” llamando a su escuadrilla! ¡Identifíquense!

No hubo respuesta, y el silencio angustioso quedó roto dentro de la cabina por la voz de Jim March, al anunciar, sin apartar la vista de la pantalla del radar:

—¡Mira, Simun! ¡Se nos van a echar encima!

—¡”Saturno 8” llamando a su escuadrilla! ¡Por Dios vivo! ¡Identifíquense!

Sólo se percibía el sordo ruido de los motores atómicos; más que ruido era una vibración constante, apenas perceptible, pero que se agigantaba cuando todo el mundo guardaba silencio.

—¡Gira, Simun! ¡En diez segundos estarán sobre nosotros!

—¡Diablos! ¿Crees que nos quieren abordar, Jim?

—¡Eso parece!

Simun Buskey accionó velozmente los mandos, y el “Saturno 8” efectuó un giro en el hiperespacio como una dócil golondrina. Las veinte mil toneladas de acero plastificado hurtaron el impacto de los proyectiles, que pasaron como meteoritos estelares por el lugar donde una fracción de segundo antes había estado la gigantesca astronave. Los dos proyectiles explotaron al estar graduados en tal dirección y distancia, con el refulgir de mil soles que hubiesen estallado a la vez.

El “Saturno 8” vibró en cada una de sus estructuras como si fuera a desguazarse, pero, tras las sacudidas, continuó su vertiginosa

marcha. El giro que la mano firme y experta de Simun Buskey le imprimió, le obligó a dar la vuelta completa para quedar situado a la retaguardia de los dos atacantes.

Yentonces, el comandante de aquella astronave no dudó.

No vaciló ni una fracción de segundo, al ordenar a su copiloto:

—¡Fuego, Jim! ¡O ellos o nosotros! ¡Aún les quedan cinco proyectiles más a cada uno, y terminarían por alcanzarnos! ¡Fuego he dicho, Jim!

Afortunadamente, en tales instantes el hombre no tiene tiempo para pensar. De haberlo hecho, Jim March habría sentido su mano temblar, al pulsar aquel par de botones rojos que, de ser certeros sus disparos, causarían la inexorable muerte de unos quinientos hombres.

Hombres a los que conocía, a los que él mismo había deseado buen viaje, horas antes de despegar del astródromo en la Tierra.

Quizá el "Saturno 5", que pilotaba Gregory o el "Saturno 4", que pilotaba Lynn, el bueno y simpático Lynn Biler, a quien él había creído conocer tan bien, pero que ahora...

—¡Orden cumplida, Simun!

El doble estallido que les llegó desde el espacio exterior parecía capaz de conmover la eterna paz de las estrellas.

Nuevamente, mil soles explotaron a la vez y, al poco, tras parecer que todos los instrumentos se habían vuelto locos, sobre la pantalla del radar ya no aparecían los dos puntos luminosos que les indicaron la proximidad de las dos astronaves.

Simun Buskey sudaba copiosamente, pese al aire automáticamente climatizado que, por sí solo, se regulaba, con acuerdo a las alteraciones de temperatura que necesitaran los hombres. A su vez, Jim March quedó por un instante con los ojos cerrados, para exclamar, al abrirlos, la estrofa de un poema:

—"Un segundo para destruir una civilización... ¡Y miles de siglos para crearla" ¿Recuerdas, Simun?

—Sí, Jim. Es del poema de Edmund Moore, el pacifista que vivió hace tres siglos, cuando los Estados Unidos y China estuvieron a punto de desintegrar la Tierra en una guerra atómica.

Al volver la cabeza, vio a su joven copiloto ocultarel rostro

sudoroso entre sus manos. Alargó una de las suyas para posarla sobre las del amigo, al decir:

—Era preciso, Jim. ¡Querían destruimos!

—¡Sí, Simun, sí! ¡Lo sé! ¿Crees que no vi cómo nos dispararon? Pero yo... yo, Simun... Con estas manos, con estos dos simples dedos, les he desintegrado a ellos. ¿Comprendes?

—Te digo que ellos nos atacaron. ¡Era preciso defenderse!

—¡Y yo te digo que lo sé! ¡Que lo comprendo, Simun! Pero... No sé, amigo. ¡No sé! Aquí ya sólo quedamos con vida diecisiete personas. La doctora Bourvil, sus doce enfermeras, Ralph, Nelson, tú y yo... Y ellos..., debían ser por lo menos...

—Sé lo que piensas, Jim. Pero es posible que en sus naves también haya ocurrido como en la nuestra. ¿Quién nos dice que no asesinaron también a todos los pasajeros que llevaban, al someterlos a la hibernación?

—Y si fue así, ¿por qué, Simun? ¿Por qué?

—No puedo contestarte, por ahora, muchacho. Pero creo que debemos buscar esa respuesta en la Tierra.

—¿Regresamos, entonces, Simun?

—Sí, Jim. ¡Ya sin duda alguna!

Jim March volvió a levantarse, al anunciar:

Voy a ver si aclaro, de una condenada vez, esto con las enfermeras.

—Jim... ¡Cuidado, muchacho! Llévate contigo a Ralph y a Nelson. ¡Y que vayan bien armados!

—Descuida.

* * *

La doctora Eva Bourvil seguía en su laboratorio y, ante ella, tendida sobre una camilla, parecía dormir el cuerpo de otra mujer.

Nada más entrar, Jim March reconoció el perfil de la

enfermera ayudante Rossana Spert y, desde la puerta, preguntó a la mujer rubia:

—¿Qué le pasa a la señorita Spert?

—Está muerta.

Jim March pestañeó un par de veces, pero, por instinto, su mano fue hacia la funda donde reposaba su pistola de rayos Lasser. Los ojos azules de la rubia científica captaron aquel movimiento en la mano del hombre, y sonrió:

—Tranquilícese, teniente. ¡No la he matado yo!

—Entonces..., ¿qué le pasó?

—Durante el ataque y la lucha, le falló el corazón. Podríamos decir que... científicamente, Rossana Spert ha muerto de terror.

Ante la insistente mirada del joven copiloto, la doctora Eva Bourvil hizo un leve encogimiento de hombros, al ampliar su explicación:

—Por otra parte, bien muerta está.

—¿Por qué dice eso, doctora Bourvil?

Jim March vio que le mostraba una pequeña placa de metal, con varios orificios y taladros. Creyó reconocer la ficha para ser introducida en la ranura de alguno de los cerebros electrónicos, y la mujer le informó:

—Lo encontré en su bolsillo; debió robarme la ficha para abrir el botiquín donde guardó las dosis para la hibernación. Seguro que ella alteró las mezclas y...

Jim March ladeó la cabeza para fijarse en el perfil ya casi violáceo de la mujer tendida sobre la camilla,

—¡Lástima! Me habría gustado saber por qué hizo una monstruosidad así, y si ha ocurrido lo mismo en las otras astronaves.

—Sí, teniente. ¡Es una lástima que los muertos no puedan hablar!

—¿Verdad que sí, doctora?

Tras su pregunta algo insubstancial, Jim March terminó de desenfundar su arma y añadió, deseando probar suerte:

—De todas formas, usted queda detenida.

—¿Yo, teniente?

Una gran sorpresa se reflejaba en los grandes y azules ojos de la mujer rubia, que objetó, sin dar tiempo a la réplica.

—Pero, ¿por qué?

—Es orden del comandante —aún mintió el hombre.

—¡Simun no puede haberle ordenado una majadería así! Y máxime, después de saber usted quién fue la responsable de todo lo que ha pasado.

—Con franqueza, doctora Bourvil. Creo que a la señorita Spert también la ha asesinado usted…

—¿Qué significa ese "también", teniente?

—Lo ha oído perfectamente. ¿Va a acompañarme, o prefiere que la desintegre aquí mismo?

—¡Hablaré con el comandante! ¡Simun le quitará de la cabeza esas ideas de detective fracasado!

—Le diré, señorita; al pobre Simun le puede usted haber vuelto loco con sus indudables encantos… ¡Que son muchos, caray! Pero a mí me deja usted frío. Y nos va a explicar por qué ha cometido una cosa así.

—¡Le he dicho que fue Rossana Spert!

—Sí, claro… ¡Y la pobrecita ya no puede hablar! ¿Verdad?

—¡No tengo la culpa de que muriera!

—La tiene, porque usted la ha estrangulado. Desde aquí puedo ver ciertas marcas que tiene en el cuello. Costará poco de comprobar que son huellas de sus dedos, y eso…

Los ojos intensamente azules de Eva Bourvil brillaron, gozosos. Estaba comprobando que aquel joven oficial era lo bastante ingenuo como para descuidar su vigilancia, al acercarse para examinar mejor el cuello de la mujer tendida, y aquello, si sabía aprovecharlo, podía ser su única salvación.

Pero cuando la mano de Eva Bourvil fue a introducirse en el bolsillo de su blanca bata, junto a la puerta brilló una llamarada.

Ralph había accionado el gatillo de su arma desde la puerta, haciendo brotar la llamarada verde-azul del rayo Lasser, que empezó a quemar el cuerpo hermoso de aquella mujer. La pieza empezó a llenarse del olor de carne chamuscada y, al volverse, con cierta tristeza en los ojos, Jim March dijo al hombre que le había salvado:

—Gracias, Ralph. Es lo único que nos faltaba para saber ciertamente que ella era la culpable.

—Lo siento, teniente, pero ahora… ¡ella tampoco podrá hablar!

—No te preocupes, Ralph. El comandante dijo que la respuesta a todo esto la encontraremos en la Tierra.

—¿Es que regresamos, señor?

—Así es, Ralph.

Miró al suelo, y terminó por indicar:

—Echa una manta sobre "eso" Ralph. Terminará por llenarlo todo con el olor de su bonita carne chamuscada.

—¡Lástima, teniente! ¡Era una real hembra!

—Era una asesina, muchacho. O debía estar loca.

Al salir al pasillo para tomar el elevador, Jim March pensaba que a su comandante Simun Buskey no le gustaría mucho la noticia.

Yno se equivocó.

CAPÍTULO IV

Fue preciso estar orbitando la Tierra durante más de tres horas, antes de conseguir permiso para descender sobre el astródromo de Terranova.

Allí ya les estaba esperando el general Brooke Holden que, a la vista de la conversación sostenida por radio con los tripulantes del “Saturno 8”, decidió llevar aquel feo asunto en el más riguroso secreto.

Tan en secreto, que fue el propio general quien subió a la astronave y ordenó, como primer saludo:

—Entren en una de esas urnas de hibernación.

—Pero mi general… —empezó a protestar Simun Buskey.

—¡Entren, les he dicho! Bajarán como si realmente estuvieran también dormidos. He tomado mis medidas de seguridad, y no quiero que puedan existir filtraciones.

—Mi general —insistió el comandante de la astronave—. Así que hemos llegado donde era posible establecer comunicación con radio con ustedes, le hemos dicho todo lo que ha sucedido. Y esos hombres y mujeres no están en estado de hibernación. ¡Están muertos!

—Lo sé, comandante Buskey. ¡Y ustedes bajarán también como muertos!

—¿Puedo preguntarle por qué, señor?

El general Brooke Holden parecía nervioso,pero explicó:

—Muy sencillo comandante. Lo que ha ocurrido se ha fraguado tanto aquí, en la Tierra, como en el lejano Saturno. Diremos a todos que su astronave regresó guiada por el piloto automático hasta la zona en que nosotros, por control remoto, la hemos hecho posarse aquí. A la Prensa será fácil decirle que un fallo en los cálculos de viaje, ha hecho preciso que el “Saturno 8” regrese. Necesito ganar tiempo, y que nadie, ¡absolutamente nadie!, se entere de esto. Y la única forma de que nadie les acose a preguntas es viéndoles bajar en uno de esos condenados nichos. ¿Está claro?

—Comprendo, señor.

—De esta forma, dispondremos de tres meses. A nadie se le ocurre preguntarle nada a un tipo que baja metido en uno de esos nichos, hasta que se le pasa el estado de hibernación. Así es que... ¡ya están cumpliendo mi orden!

Los cuatro únicos hombres supervivientes de la dotación del "Saturno 8", resignadamente, se pusieron en las manos de las once enfermeras que también habían regresado a la Tierra con ellos. Asimismo, el cadáver de la enfermera ayudante Rossana Spert fue metido en una de las urnas, confiando en que nadie se interesaría por ver a la doctora Eva Bourvil, en su estado de sopor.

Cuando les tocó el tumo a Simun Buskey y a su copiloto Jim March, los dos amigos se miraron, y el primero bromeó:

—A hacerse el muerto, Jim.

—¡Y menos mal que no lo estaremos de verdad, Simun! Como todos ésos.

En el fondo, tenían que sentirse contentos.

Ymientras las hábiles enfermeras manipulaban con él para dejarle bien instalado en la urna transparente, se entretuvo en pensar muchas cosas. Una de ellas fue la primera que acudió a su mente: de no haber deseado permanecer unos minutos a solas con la hermosa, pero diabólica doctora Eva Bourvil, seguro que él también estaría como el resto de la tripulación del Saturno 8 , durmiendo allí para siempre.

¡Y bien muerto!

Podía calcularse con toda seguridad, que, una vez instalado el piloto automático, tras matarlos a todos, aquella mujer habría esperado tranquilamente a que la nave hubiese llegado al planeta Saturno.

Pero algo se le escapaba a Simun Buskey. ¿Para qué?

Sí; ¿para qué deseaban en el lejano planeta un cargamento de cadáveres?

* * *

El general Brooke Holden echó sobre la amplia mesa de su despacho varios informes, y siempre enérgico, con movimiento brusco de su mano ordenó:

—Echen un vistazo a eso, caballeros.

Simun Buskey se puso a leer, junto a su teniente Jim March, pasando los informes que examinaban a los otros hombres que estaban reunidos en aquella habitación. Procedían de los más remotos confines del Sistema Planetario, así como de muchos puntos de la Tierra. También los había que procedían de las Bases Espaciales en órbita, tanto de Marte como de Júpiter, de Venus o de Mercurio y hasta de la Base lunar permanentemente establecida en el satélite natural de la Tierra.

A simple vista, parecían dispares y contradictorios. Pero bien mirados todos tenían un denominador común.

Durante años, y con infinita paciencia, disponiendo del formidable aparato de la policía espacial de seguridad, como titular del departamento el general Brooke Holden, habían conseguido reunir en aquellas carpetas un buen *dossier*.

Consideró que los reunidos merecían una explicación y, para simplificar, el general Brooke Holden manifestó:

—Supongo que se darán cuenta de lo que esto significa, caballeros.

Hizo una pausa estudiada, mientras daba varios paseos, para añadir, al regresar junto a su mesa:

—Todas estas desapariciones ya han dejado de parecemos misteriosas.

Señaló a los presentes a los que habían tripulado el “Saturno 8” para, al poco, añadir:

—Lo que ha ocurrido en la astronave que pilotaban el comandante Buskey y el teniente March, empieza a echar un poco de claridad en el asunto.

Nueva pausa, para seguir:

—¡Ahora ya sabemos dónde han ido a parar esos hombres!

Dam Foster, como representante del Gobierno Central Galáxico, alzó su voz algo áspera, al inquirir:

—¿Los muertos desaparecidos también, general Holden?

Brooke Holden pareció vacilar un poco, antes de contestar:

—Sí, señor Foster. Creo que ya podemos decir que los muertos también. ¡Han debido ser llevados a Saturno!

—¿Cómo, general? —quiso saber el delegado de Transportes Espaciales.

—Permítame que sin ánimo de zaherirle, señor Barret, esa pregunta deberíamos hacérsela a usted.

El alto y huesudo Lee Barret pareció tragar saliva mal, ya que empezó a toser inesperadamente. Antes de calmarse del todo, la voz autoritaria del general Brooke Holden ya estaba añadiendo:

—Pero no se trata aquí de pedir responsabilidades a nadie, caballeros. ¡Lo que necesitamos son soluciones!

Hubo vanas afirmaciones de cabeza, y e1 general siguió:

—Por esos informes se han podido dar cuenta de que, desde hace muchos años, han venido ocurriendo cosas extrañas... ¡ante nuestras propias narices! Científicos y sabios de todo el mundo, han muerto de forma absurda y repentinamente. Los cerebros más privilegiados de toda la Confederación Galáxica, de la noche a la mañana, aquí y allá, en la Tierra, en Marte o en los otros planetas ya colonizados, han dejado de existir para esfumarse en la nada.

Vio que nadie objetaba nada y, tras mirar a los reunidos, siguió:

—Quien organiza esa fuga de cerebros, a fe mía que lo ha venido haciendo hasta ahora muy bien. Accidentes, muertes naturales, traslados improvisados, pero sin el arribo de la víctima a su nuevo puesto de trabajo, solicitud de retiros para luego sumergirse el solicitante en la nada, sin saber nadie dónde puede estar, ha sido la tónica empleada para que cientos y cientos de hombres preclaros en las distintas ramas del saber humano, hayan dejado de contribuir con la sociedad.

La mano del general Brooke Holden tomó uno de los informes, y su voz recitó:

—Así, por encima, en los dos últimos años han muerto, por una u otra causa, quince premios Nobel. Concretamente, cinco de física nuclear, tres de bioquímica orgánica, otros químicos excelentes, dos

expertos en mineralogía, un magnífico astrónomo, y Samuel Rossenforffd, el padre de la moderna cibernética.

La mano bien cuidada del general Holden soltó el informe para tomar otro de la mesa:

—Bien; eran muertes que todos sentíamos, pero delas que teníamos que consolamos. Si Dios los llamaba, tras haber dejado su formidable tarea realizada aquí, entre los hombres, nada podíamos hacer. Pero yo y muchos colegas míos por el mundo también tenemos nuestra misión que cumplir, y empezamos a investigar por qué, precisamente, la muerte o los accidentes nos arrebataban a tantos hombres de ciencia.

“Nada conseguimos a lo primero —prosiguió—. Pero una casualidad nos puso sobre la pista de lo que ocurría. Precisamente, los familiares del cibernético Samuel Rossenforffd quisieron trasladar los restos del sabio de lugar, por trasladarse sus nietos desde Noruega a Brasil.

La pausa aquella vez sí que fue estudiada, antes de afirmar:

—¡Y no se encontró su cadáver!

—¿Cómo? —indagaron varias voces a la vez.

—Así fue, caballeros. El cuerpo de Samuel Rossenforffd no estaba en su tumba, y eso nos llevó a pensar que tampoco encontraríamos los de otros científicos.

—¿Y...? —inició un impaciente.

—¡Y acertamos! —confirmó el general Brooke Holden.

—¿No será la obra de un maniático, que querrá tener embalsamados a esos eminentes hombres? —apuntóalguien.

—¿Por qué no cambia el sentido de su pregunta —le animó el general—. Para mí, resulta más evidentehacerla así: “¿No será que alguien, de alguna forma que aún desconocemos, logra reactivar todos esos cerebros privilegiados, y por eso mata a sus poseedores, se los lleva, sufren extraños accidentes y desaparecen?”

—Pero, general Holden, eso que dice es...

—¿A dónde? —preguntó otra voz.

La enérgica cabeza rapada del general Brooke Holden se volvió

hacia el último, manifestando:

—¡Hacia Saturno!

—¡Imposible! —protestó el delegado de Transportes Espaciales —. Admito que a veces ha existido contrabando de mercancías, pero de muertos... ¡La idea es absurda, general Holden!

—No tan absurda, señor Barret. Tengo un informe confidencial, no hace mucho llegado desde la meseta central del Himalaya. En el astródromo instalado allí, se encontró un vehículo que pretendía ser descargado en una de las astronaves que iban a partir. Estaba en las rampas de mercancías, junto a los que contenían medicamentos embalados en cajas. Pues bien, señor delegado de Transportes. ¡Las cajas de aquel camión contenían muertos!

—¿Muertos, general?

—Sí, señor Barret. ¡Cadáveres perfectamente conservados!

Entre los reunidos, brotaron las exclamaciones y los comentarios. El general Brooke Holden debía estar preparado para aquello, ya que, señalando a tino de los reunidos pidió:

—Por favor, doctor Cassiry. ¿Quiere explicarles?

Un hombre bajito, de incipiente calva reluciente y brazos cortos, algo confuso, por ser el centro de todas las miradas, empezó a decir:

—Ciertamente, no eran cadáveres propiamente dicho, señores. Su corazón y todos los demás órganos realmente estaban paralizados, pero no así sus cerebros que, de alguna forma, parecían mantenerse frescos.

El hombrecillo volvió a dudar, antes de añadir, como ayudándose con las manos:

—Bueno. Quiero decir que en sus circunvalaciones contenían una sustancia alucinógena, extraña totalmente al cuerpo humano. Y..., por supuesto, todavía desconocida para nosotros.

Quiso atajar algunos murmullos y comentarios, y exclamó:

—Se está investigando en varios laboratorios sobre esa extraña sustancia, señores.

Antes de que pasara el efecto de aquellas palabras, el general

Brooke Holden volvió a la carga, enarbolando un nuevo papel:

—¡Hay más!

Cuando consiguió la atención general, su voz informó:

—Pueden leer el informe de un colega mío en Australia. Allí fue encontrado un barco que parecía que iba a la deriva, conteniendo en sus bodegas doscientos tres hombres que habían sido sometidos a hibernación, pero que estaban dentro de embalajes que parecían contener mercancías corrientes y comunes,.. ¡Con destino al desierto australiano de Gibson!

—¡Allí hay instalado otro astródromo! —recordó alguien.

—¡Exactamente! —confirmó el general—. Lo que di muestra que esa mercancía iba camuflada para ser embarcada allí.

—¿Se investigó a qué destino?

Brooke Holden miró a los reunidos algo severamente, al replicar:

—Caballeros… Estamos dando los primeros pasos en una investigación a escala planetaria. Los hilos aún están sueltos, y es imposible precisar nada. Concretamente, contestando a esa pregunta, les diré que del astródromo australiano de Gibson, todos sabemos parten naves para distintos planetas. No es precisamente de pasajeros, y las mercancías se almacenan allí, para distribuirlas a su destino a su debido tiempo. Así es que ignoramos si los doscientos tres hombres sometidos a hibernación, que fueron encontrados en ese barco, estaban destinados a ser llevados a Marte, a Júpiter o a cualquiera de las muchas Bases Espaciales.

—Por el barco, se pudo seguir la investigación.

Con un brusco ademán, el conferenciante se volvió hacia la voz, replicando:

—¿Cree que no se hizo? Pero el resultado fue nulo: había sido abandonado por su tripulación, cuando las lanchas patrullas se acercaron, y sólo llegamos a saber que toda la documentación de aquel barco, ¡estaba falsificada!

Como delegado del Gobierno Central Galáxico, Dam Foster apremió:

—Resumiendo, general. ¿Usted cree que podemos admitir que

hay un contrabando de muertos a escala planetaria, como dice?

—¡Lo hay, señor Foster!

Al instante rectificó, ampliando, al mirar a todos:

—Concretamente, de cadáveres que han sido hombres de ciencia, poseyendo cerebros privilegiados. De esos doscientos tres hombres que les he dicho fueron encontrados en las bodegas del barco, noventa son profesores, con cátedras en distintas Universidades, cincuenta y cuatro son médicos en las ramas de la biología, la bioquímica, la cirugía especializada en transplantes de órganos, y el resto son eminentes científicos que han destacado en experimentos y ensayos en otras ramas de la ciencia.

—Pero ésos no estaban muertos, general.

—No, creo recordar haberles dicho que fueron encontrados en estado de hibernación prolongada. Como para unos dos o tres años.

—Así es —confirmó el bajito doctor Cassiry.

El general Brooke volvió a señalar al comandante Simun Buskey y al joven teniente Jim March, centrando la atención general en ellos, al decir:

—Lo que ha ocurrido en la escuadrilla que comandaba Simun Buskey, apunta al planeta Saturno. Ya saben lo que ocurrió en su “Saturno 8”, y cómo tuvo que destruir a dos naves, componentes de su escuadrilla. Hay razones para pensar que las otras dos han seguido rumbo a ese planeta, así como que la doctora Eva Bourvil pensaba hacer lo mismo con la que tripulaban estos hombres.

Aquella vez nadie le interrumpió con preguntas, y el general siguió:

—Afortunadamente, el comandante Simun Buskey y el teniente Jim March han regresado. Por ellos sabemos lo que pasó, ya que, de no haberlo conseguido, habrían pasado dos años antes de ver que no regresaban. Las condiciones del hiperespacio exterior nos permiten enviar naves a Saturno siempre que queramos; pero del planeta no pueden salir durante ese tiempo, por no coincidir los anillos gaseosos que todos sabemos posee.

Simun Buskey y Jim March empezaban a sentirse molestos, al percibir todas las miradas centradas en ellos, hasta que la voz del delegado del Gobierno Central Galáxico indagó:

—¿Qué propone, general Holden?

—Enviar a estos hombres nuevamente a Saturno. No podemos esperar dos años para que una de las dos naves que han debido llegar allí, regresen. Eso sin contar con que, probablemente, no lo harán; por otra parte, muchos de ustedes saben que las comunicaciones por radio con ese planeta resultan imposibles, los anillos gaseosos que envuelven su atmósfera hacen ese medio de comunicación impracticable.

Conscientes de lo que aquellos dos hombres se jugaban, en el amplio despacho reinó el silencio. Simun Buskey volvió a sentir todas las miradas centradas en él y su compañero, y manifestó con voz firme:

—¡Debemos hacerlo! Es preciso que sepamos lo que pasa en Saturno, por muchas consideraciones, señores. Pero lo haremos... Aunque sólo fuera para vengar a nuestros compañeros muertos!

—Eso sin perjuicio de que aquí, en la Tierra y en los otros planetas, extrememos la vigilancia para ir cazando a los colaboradores de Saturno, que parece ser necesitan esos cadáveres de hombres científicos —dijo el general.

Como máxima autoridad de todos los reunidos, Dam Foster se encaró con los dos cosmonautas, al inquirir:

—¿Saben que pueden ir a una muerte segura?

Recordando, Simun Buskey sonrió, al decir:

—Vivimos de regalo, señor. De no haberme entretenido unos minutos con la doctora Bourvil, a estas horas ya estaríamos camino de Saturno. ¡Pero bien muertos!

—Bien, los detalles del viaje quedan en manos del general Holden.

El Delegado Galáxico se volvió hacia los reunidos, anunciándoles:

—Caballeros, tengo muchas cosas que hacer, y un sinfín de medidas que tomar, de resultas de todo esto. Nos volveremos a reunir para tratar de los mismos.

Una vez más, se volvió hacia los dos jóvenes astronautas, ofreciéndoles la mano, al desear:

—¡Mucha suerte!

—Gracias, señor.

El viaje estaba decidido y aprobado.

CAPÍTULO V

Salvada la distancia y pasado el período de hibernación, necesario para que el “Saturno 9” traspasara los diversos anillos del sexto planeta del Sistema Solar, ante los mandos de su poderosa astronave, Simun Buskey y Jim March se vieron descendiendo sobre el enigmático planeta.

Cuando la doctora Virna Ariel entró en la cabina para anunciarles que hasta el último miembro de la dotación de la astronave había sido reactivado, su sonrisa se hizo luminosa, y comentó:

—Bien, Saturno es el planeta ideal para las mujeres. ¿Cuándo llegaremos a ese paraíso, comandante?

Simun Buskey se limitó a sonreírle, pero nada contestó. Últimamente, su carácter había cambiado, volviéndose taciturno y silencioso. Jim March sabía perfectamente lo que había transformado a su comandante: en cierto modo, se sentía responsable de lo ocurrido en su viaje anterior, ya que, al enamorarse de la rubia doctora Eva Bourvil, él había sido quien la eligió para que se cuidase de la hibernación de su “Saturno 8”.

Ylo sucedido en su anterior astronave, Simun Buskey no lo podía olvidar.

¿O es que realmente había estado enamorado de aquella diabólica mujer, y la había amado de verdad?

Jim March era consciente de que debía animar al amigo, y por eso siempre se esforzaba en que volviese a su locuacidad antes. No quiso desaprovechar aquella ocasión y dijo:

—¿Oíste, Simun? Lo dice porque en Saturno se tarda 29 años y 167 días en dar la vuelta al Sol.

—Lo cual significa que una no tiene que añadirle una velita más a su pastel de cumpleaños, en todo ese largo período —remachó la doctora.

Simun Buskey decidió abandonar su mutismo, al opinar:

—Me temo que ninguno de los que estamos aquí, volveremos a cumplir años.

Jim March cruzó una mirada con Virna Ariel, que pareció contagiarse de la seriedad de su comandante, pero exclamó alegremente:

—¡Caray, Simun! ¡Eres el optimismo en persona, chico!

—Creo que, ya que estamos aquí y por propia voluntad, no debemos pensar en lo peor, Simun.

—De acuerdo, Jim. ¡Pues allá vamos!

Las grandes pistas metálicas del gigantesco astródromo de Saturno aparecían totalmente despejadas. Había sido inútil establecer contacto por radio y, aunque nadie se cuidó de dirigir la maniobra, Simun Buskey la realizó por sí solo, con su pericia acostumbrada.

Pulsó el botón de la escotilla, y esperó, paciente, a que ésta terminase de abrirse, mientras los motores atómicos entraban gradualmente en reposo, tras aquel largo viaje de 1.186 millones de kilómetros.

Bien, ya estaban en Saturno, pero nadie salía a recibirles.

Yaquello, en sí, ya resultaba bastante extraño.

Fuera de lo normal.

Pero nada más poner los pies sobre la pista, seguido de toda su tripulación, desde algún sitio, un potente altavoz empezó a zumbar:

—¡Caminen hacia los hangares de la derecha! —ordenó.

Simun Buskey miró con el rabillo del ojo a su teniente, Jim March Detrás de ellos estaba la doctora Virna Ariel, con sus tres enfermeras, seguidas de los quince hombres que, también voluntariamente, les habían acompañado en aquel viaje de inspección a uno de los planetas hasta entonces regido por el Gobierno Central Galáctico.

Simun Buskey siempre había sido un hombre inquieto y rebelde, con iniciativas propias y una acusada personalidad, por lo que se encontró pensando:

“¿Y qué pasará, si no obedecemos?”

Aquello sería como la primera piedra de toque. La mejor forma

de averiguar cuáles eran las intenciones de los hombres que vivían en la colonia de Saturno era no cumpliendo su primera orden.

¡Pasara lo que pasara!

Simun Buskey había oído perfectamente, pero en vez de iniciar la marcha hacia la derecha, torció hacia la izquierda, seguido de toda su tripulación.

Al instante, tuvo que detenerse.

Tras el característico chasquido, un rayo Lasser flameó desde alguna parte, confundiéndose el zumbido del haz luminoso con un alarido de dolor.

Simun Buskey giró velozmente, y vio a uno de sus hombres caer fulminado sobre la pista metálica, para él ya convertida en una dolorosa parrilla, que le condujo a la muerte.

Yantes de que ninguno de ellos pudiera decir nada, de nuevo la voz metálica e impersonal volvió a ordenar:

—¡Cumplan la orden! ¡Hacia los hangares de la derecha!

Era preciso obedecer, o les achicharrarían a todos con los rayos Lasser. La pérdida de uno de sus hombres resultaba dolorosa, pero ya sabían a qué debían atenerse.

En Saturno eran tratados como enemigos.

Yahora, eran sus prisioneros.

Simun Buskey inició la marcha hacia los hangares de la derecha, sintiendo que la sangre hervía en las arterias de sus venas. Una rabia sorda e impotente le consumía, no permitiéndole ver que aquellos edificios ultramodernos, de acero y vidrio, quedaban casi a dos millas de distancia.

A su espalda pudo escuchar la respiración descompasada de la doctora Virna Ariel y las otras mujeres, por lo que pidió secamente:

—Bébase sus lágrimas, doctora. Están aquí voluntariamente, y deben hallarse preparadas a ver cosas peores. ¿Estamos?

—Sí, comandante.

Cuando estaban a unas cien yardas de los altos edificios, y calculó que podían oírle, forzando la voz, gritó:

—¿A qué viene esta salvajada? Soy el comandante del "Saturno 9". Agente delegado del Gobierno Central Galáxico, y venimos en viaje de inspección.

La misma voz impersonal de los altavoces contestó:

—Deje de hacer preguntas, y sigan acercándose.

Ypara que no vacilasen, al pronto, añadió:

—¡Les estamos apuntando!

—¡Lo supongo, condenados sean! ¿Qué pasa aquí? ¿Una sublevación?

La respuesta, aquella vez, fue más que tajante.

Nuevamente se escuchó el chasquido del rayo Lasser, la llama verde-azul volvió a flamear, y otro hombre de su tripulación cayó fulminado.

Simun Buskey quedó como electrizado. Diríase que había sido él quien recibió la descarga del rayo, aunque al instante prosiguió la marcha para evitar que, por su tozudez o por sus gritos de protesta, un miembro más de su tripulación quedase eliminado.

—¡Nos van a matar de uno en uno! —gimoteó una de las enfermeras.

—¡Calma, señoritas! ¡Serenidad! Y desde ahora, obedezcan todas sus órdenes —pidió Simun Buskey—. ¡Ya sabemos que nada les detendrá!

—Ha sido una lección excesivamente cara, comandante.

Creyó distinguir un tono de reproche en el comentario de la doctora Virna Ariel y, medio vuelto hacia ella, sostuvo el fuego de su mirada. Pero nada replicó, más atento a todo lo que les pudiera venir en aquel planeta remoto y perdido en el espacio, donde, por las muestras, los hombres también habían entronizado su maldad.

Antes de llegar a los hangares, varios hombres, vistiendo extraños uniformes verdes, se apresuraron a rodearles. Las armas que empuñaban eran de las más modernas, y Simun Buskey calibró, al verlas:

"Desintegradoras. ¿Cómo las habrán conseguido fabricar aquí?"

Sabía positivamente que las armas desintegradoras sólo estaban en poder de las tropas especiales del Gobierno Central Galáxico. Ninguno de los planetas colonizados del Sistema Solar, poseía tales armas, con vistas a evitar cualquier posible sublevación, que llevase a la Confederación a perder uno de sus miembros.

Ysin embargo, allí en Saturno...

No pudo seguir pensando porque uno de aquellos hombres de uniforme verdoso, ordenó tajante:

—¡Llévenlos a la desinfección!

Ya les habían desarmado, y resultó inútil la precaución que Simun Buskey y su teniente Jim March habían tomado, antes de bajar. Las otras armas que llevan ocultas bajo las ropas de sus uniformes fueron al instante detectadas, al aproximarse uno de aquellos hombres con una especie de cajita mágica, que fue acercando a todos, una lucecita empezó a parpadear en el extraño artilugio, y el jefe de aquella patrulla anunció, taladrándoles con la mirada fría de sus ojos:

—Por menos de esto, el Comité Ejecutivo puede decretar su muerte.

—¿Acaso no la han decretado ya, para dos de mis hombres? —replicó, con la misma acritud, Simun Buskey.

—Eso sólo ha sido una pequeña advertencia —fue la seca respuesta.

—Incluiré en mi informe esa pequeña advertencia —contestó a su vez, más que nada para ver la calidad de la nueva respuesta.

Yno se arrepintió de provocarla, al oír:

—Ustedes jamás regresarán a la Tierra.

Simun Buskey sabía que su teniente no había sido sorprendido, pero Jim March fingió perfectamente su alarma, al indagar, excitado:

—¿Cómo dice?

—Que jamás regresarán a la Tierra. En Saturno no queremos más tratos con ella.

Bien, era otro dato más para tener en cuenta. A partir de aquel instante, la guerra sorda entre ellos y todas las autoridades que regían en Saturno, quedaba declarada.

Y por supuesto, las ventajas estaban a favor de sus enemigos…

CAPÍTULO VI

Habían sido introducidos en una habitación de dimensiones reducidas, en donde las cuatro mujeres y los quince hombres prácticamente quedaron apiñados.

Por unos pequeños orificios del techo empezó a salir una especie de vapor que, poco a poco comenzó a invadirlo todo. El fino olfato de la doctora Virna Ariel creyó captar el olor de gas metano, y su voz, muy alarmada, gritó:

—¡Protocarburo de hidrógeno! ¡Nos van a matar!

Sus tres enfermeras ayudantes empezaron a golpear las paredes metálicas de aquella ratonera humana, llorando histéricamente. Simun Buskey vio que algunos de sus hombres también perdían la serenidad, ante el anuncio de su muerte, por lo que se puso a gritarles, empujándoles hacia una de las paredes:

—¡No pierdan la calma! ¡No nos van a matar!

—¿Es que no ve eso, comandante? ¡Vamos a morir como ratas, aquí!

—¡No sea absurdo, David! ¡Nos habrían barrido como a los otros dos, con el Lasser! ¿O cree que para liquidamos se habrían tomado tantas molestias?

—¡Es cierto, muchachos! —le secundó, el siempre animoso teniente Jim March—. ¿No leísteis el letrero? ¡Estamos en la desinfección!

Sentían que la cabeza empezaba a darles vueltas, y que las fuerzas les faltaban. Un sudor frío y pegajoso invadía sus cuerpos, como anuncio de una muerte ignominiosa y canallesca.

En un momento de lucidez, pensando que, aunque ocurriera lo peor, era mejor terminar cuanto antes, Simun Buskey les pidió, ya con un hilo de voz:

—¡Respirad hondo, amigos! ¡Respirad con fuerza! ¿No es mejor que todo... termine cuan... cuan...?

No pudo finalizar.

Por eso no alcanzó a oír la voz de Jim March que, siempre aficionado a los poemas, en aquellos instantes supremos se puso a recitar, con su clara voz de barítono:

...mejor es morir de una vez, que vivir siempre temiendo por la vida...

¡La muerte es un sueño, sin ensueños!

Luego, las negras tinieblas se hicieron para todos los que estaban encerrados allí...

* * *

Simun Buskey despertó cómodamente tendido en un mullido lecho.

Bruscamente, se incorporó y quedó sentado sobre la cama, realizando un supremo esfuerzo mental para situarse y saber dónde estaba. Llevaba un fino pijama de seda puesto, de mangas cortas, que le permitía ver sus antebrazos.

Al clavar la vista en su piel, quedó paralizado. Podía leer perfectamente una cifra que tenía allí marcada, al parecer con purpurina dorada, y que anunciaba:

Z-l-36.

La exclamación brotó de sus labios, llenos de cólera:

—¡Condenados sean! ¡Me han marcado como a una res!

Se arrojó del lecho, y se puso a examinar la habitación. Era de amplias dimensiones, y hasta decorada con cierto gusto. Quizá predominaba el verde con exceso, pero no podía negar que todo resultaba cómodo, limpio y marcadamente funcional.

Muy moderno.

Sobre un butacón, tapizado de verde, que hacía juego con un largo sofá frente a una mesita de laca, vio una camisa de seda y unos pantalones. También tenían un tono verdoso, lo mismo que los calcetines que reposaban sobre los zapatos, como si alguien hubiese dejado allí aquellas prendas, invitándole a vestirse.

En otra rápida ojeada Simun Buskey captó lo que debía ser el cuarto de baño, y caminó hacia allí. Realmente, resultaba regio, con su juego de espejos que cubría las paredes y un lavabo también muy funcional.

De mármol verdoso, por supuesto.

Aquella pieza no tenía ventanas, pero el ambiente estaba ventilado. Volvió a la habitación para buscar una salida, caminando en largas zancadas hacia la puerta, que descubrió una vez cruzó la habitación y penetró en una salita.

Sólo que la puerta estaba cerrada.

Por un amplio ventanal entraba la claridad diurna, que mentalmente calculó en Saturno no sería de la corta duración de un día en la Tierra. Quedó gratamente sorprendido al poder abrir la ventana, asomando la cabeza al exterior, al cuidado jardín que se extendía ante sus maravillados ojos.

—¡Vaya! No se puede negar que, al menos tienen buen gusto.

Saltó al exterior, y sus pies desnudos sintieron el contacto de aquella tierra. Resultaba húmeda y algo fría, con granulaciones, que más bien parecía arena. Pero no había duda de que era fértil, a juzgar por las artísticas plantas que alimentaba y crecían por allí.

Miró al cielo, y Simun Buskey encontró otro motivo para asombrarse. No era azul como en la Tierra, ni negro intenso como cuando durante meses y meses se viajaba por el espacio; también tenía tenue tinte verdoso, que resultaba acariciador para la vista.

La pregunta afloró a sus labios, ante todo aquel mundo extraño que le rodeaba:

—¿Estaré soñando, o bajo los efectos de aquel gas...?

Giró lentamente en redondo, como un niño trasladado a un cuento de hadas. Fue cuando descubrió un *bungalow* no lejos del suyo, casi de las mismas proporciones y arquitectura.

Moderno y funcional.

Y en el vecino jardín, una mirada femenina que le observaba...

Simun Buskey ya no tuvo dudas de que soñaba. De otra forma, no podía ser que estuviera contemplando a la rubia doctora Eva Bourvil, sonriéndole con sus grandes ojos intensamente azules, y el frescor de sus labios sensuales, al saludar:

—¡Hola, Simun!

La espléndida hermosura de aquella singular mujer no le hizo olvidar lo que había ocurrido, durante su anterior viaje a Saturno, cuando comandaba su escuadrilla.. Por eso su ceño se frunció, y el saludo fue duro:

—Hola, asesina.

La mujer rubia parpadeó, confusa, quedando por un instante paralizada en su marcha hacia él. Le miraba fijamente como si sus grandes ojos azules estuvieran cuajados de preguntas. Simun Buskey sostuvo aquella mirada, que tan bien había creído reconocer.

Cuando de nuevo ella siguió andando hacia él, el hombre tuvo que apartar la vista de aquel cuerpo armonioso y tentador, que parecía balancearse al compás rítmico de sus pasos elásticos, casi felinos.

Y aquellas caderas...

Ahora la voz de Eva Bourvil le resultó con tonos extraños, al inquirir ella, cada vez más cerca:

—¿Por qué me has llamado asesina?

—¿Acaso no lo eres?

—¿Yo...?

—Las cartas boca arriba, Eva. ¿Cómo... cómo es posible que estés aquí?

—No me llamo Eva —explicó la mujer rubia—. Mi nombre es Zana... Zana Z-l-36. ¡Mira!

Le mostraba los dos brazos torneados, de sedosa piel morena, que debía ser suave como la seda. Simun Buskey vio en el antebrazo izquierdo de la muchacha la misma cifra que él tenía marcada con purpurina dorada en el suyo: Z-l-36.

Y en el antebrazo derecho, un nombre también tatuado en la piel con purpurina dorada:

Zana.

Sin saber por qué, Simun Buskey buscó su antebrazo izquierdo, y sus ojos se abrieron con pasmo. ¡Él también tenía grabado su nombre allí!

Simun.

Sin apellido, sin nada más.

Antes, cuando con rabia descubrió la cifra en su antebrazo derecho, no se fijó que el izquierdo también había sido tatuado con su nombre. La cabeza empezaba a darle vueltas y, deseando aclarar las cosas, insistió:

—¿Tú... tú no eres la doctora Eva Bourvil?

—No. Te he dicho que mi nombre es Zana.

—¡Es imposible! ¡Eres exactamente igual a ella!

—¿Una mujer que conociste, Simun?

—No sé. Es posible que fuera de mi misma hornada.

—¿De tu misma qué has dicho?

La mujer rubia hizo un gracioso mohín, añadiendo:

—Al Comité Ejecutivo no le gusta que lo digamos así, aunque a veces lo hacemos.

Hizo una pausa para ampliar su explicación:

—Me refiero a que esa mujer que conociste puede ser mi hermana. Una de ellas.

—¿Es que tienes muchas hermanas?

—¡Oh, sí, muchas! En mi hornada creo que salimos unas diez mil.

Simun Buskey no pudo por menos que abrir mucho la boca, y quedarse así. La idea de que en Saturno pudiera haber diez mil criaturas tan deliciosamente formadas como aquélla que tenía a un paso de él, le hizo decir:

—Los hombres deben pasárselo aquí deliciosamente bien.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, criatura... ¡A la vista está! ¿No crees?

La mano del hombre señalaba toda la silueta femenina, vestida con una corta minifalda de tonos verdosos, que completaba una blusa del mismo color, de mangas cortas. El busto de aquella mujer era francamente delicioso, perfectamente amoldado a la tela de seda, contrastando con la morena piel del generoso escote que era pura delicia.

Los labios femeninos sonrieron, halagados, musitando aquella voz de plata que a Simun le sonó a música celestial:

—Eres un hombre muy galante. ¡Como todos los que vienen de la Tierra!

—¿Tú no eres de allí?

—No. Ya te dije que me hicieron aquí.

—¡Sí, ya! ¡Con diez mil hermanitas más! ¿No es eso?

—¿Lo tomas a broma?

—¡Qué va! —fue la jocosa respuesta del hombre—, Pero me figuro unos grandes titulares en la Prensa, anunciando en primera página: "Feliz mamá, que ha dado a luz diez mil hermosas criaturitas rubias". ¿Qué tal?

—Que eres un hombre muy divertido. ¿Tienes siempre ese buen humor?

—Normalmente, mejor..., después del desayuno.

—No tienes nada más que entrar, y oprimir un botón. Tus alimentos están en la registradora.

—¿Qué es eso, encanto?

—La máquina que programa todo lo que tienes que comer, beber y hacer durante el día.

—¡Mira qué bien, nenita! ¿Y ésta, para qué la tengo?

Simun Buskey se señalaba la cabeza y, sin inmutarse, la deliciosa mujer rubia contestó:

—Si sales airoso de la prueba, ya tendrás en qué utilizar tu cerebro.

—¿Qué prueba?

—Ya te enterarás, Simun.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo llevas escrito ahí.

—¿Y el tuteo, preciosa?

—Aquí nos tuteamos, excepto a los que pertenecen al Comité Ejecutivo.

—¿Quiénes son ésos?

—Los programadores de la zona. Tú has sido designado a la Z-1-36. Como yo.

De pronto, inesperadamente, la cifra tatuada en elantebrazo derecho de Simun Buskey empezó a picarle. Primero fue un escozor tenue y poco molesto, que consideró natural, por haberlo tatuado recientemente. Pero la presión de aquella parte de su piel se acentuó, empezó a escocerle cada vez más y, al intentar rascarse instintivamente, escuchó que la mujer advertía:

—Tienes que entrar, Simun. La registradora te llama.

—¿Cómo dices, Zana?

—Tu máquina, ¡La registradora! Debe estar programado que a esta hora estés ante ella.

Rebelde como siempre, Simun Buskey no se decidía a entrar en el *bungalow* que por lo visto le habían destinado, aunque sentía cada vez más insufrible aquel molesto escozor en el brazo. Llegó un momento en que si no gritó fue por estar delante de aquella mujer, que le empujó, aconsejándole:

—¡Entra ya, Simun! ¿Quieres perder el brazo?

—Pero Zana, yo… ¡Uf! ¡Es terrible!

—¡Te digo que perderías el brazo! ¡Son isótopos activados, Simun!

Quedó paralizado, y aunque tenía ganas de seguir allí para hablar con la bella mujer y preguntarle mil cosas, el lacerante dolor aconsejaba obedecer la orden que, de alguna manera, aquella dichosa registradora, que le esperaba en su cuarto, le enviaba.

Fue a regresar por la ventana por la que había salido, pero ella le condujo hacia la puerta. Con los labios apretados por el dolor, entre dientes, él pudo protestar.

—¡No, Zana, no! Antes la encontré cerrada. ¡No pude salir!

—Pero entrar, sí, Simun. ¡Hazlo ya, por favor!

La puerta cedió y, sólo al quedar dentro de la estancia, poco a poco, el insufrible escozor del brazo empezó a calmarse. Simun Buskey miró la cifra tatuada con purpurina dorada sobre su piel, bramando:

—¡Isótopos! ¡Bonita manera de tenerle prisionero a uno! ¡Esos del Comité Ejecutivo deben ser unos diablos!

Buscó frenéticamente lo que debía ser la registradora y, al fin, en la pieza que servía de comedor-*living*, distinguió el parpadeo en la pared de algo que semejaba una máquina computadora. Los circuitos debían estar activados porque las luces rojas, verdes, azules y morar das, no dejaban de parpadear.

Y dócilmente, el hombre caminó hacia allí, sintiendo el alivio del dolor lacerante...

CAPÍTULO VII

Una voz opaca, de tonos metálicos, surgió de la registradora, recomendándole:

—Nunca dejes de obedecer, Simun. ¡Podrías morir!

Furioso, mostrando sus brazos tatuados como si aquel diabólico mecanismo pudiera oírle, el hombre bramó, con los dientes apretados:

—¿Qué pasa? ¿Qué me han hecho? ¿Por qué me han tatuado así?

Ya no se extrañó al oír que la registradora contestaba. La voz impersonal de tonos opacos volvió a decir:

—Te hemos destinado a la zona Z-l-36. En Saturno todo el mundo está registrado, Simun.

—Pero, ¿qué diablos es esto? ¿Qué sustancia es?

—Son isótopos radiactivos. Todos los llevan en el brazo y sirven para que la registradora del Comité Ejecutivo sepa en todo momento dónde se encuentra, y lo que hace cada uno de sus miembros. Escucha con atención y, de una vez para siempre, quedarás informado, Simun.

—¡Adelante! Deberían haber empezado por ahí.

—Hiciste algo indebido. Salir al exterior.

—Bien: ¿quién me habla y qué órdenes debo obedecer?

—¡Todas!

—Empecemos: aprenderé bien la lección.

—Empiezas a ser razonable, Simun. ¡Eso está bien!

La voz seguía fluyendo de aquello que parecía un cerebro electrónico y anunció:

—Esas cifras están impregnadas de isótopos radiactivos, cada una con un peso específico atómico. En todo momento se reflejan en una gran pantalla que tenemos en control y, cuando se sale del área en

la que cada uno está destinado, se reactivan, y pueden llegar, en caso extremo, a cercenar el brazo.

—¡Colosal! —exclamó en el colmo de su impotencia el informado—. ¡Es la forma de control policíaco más monstruosa que se podía imaginar!

—Pero muy eficaz, Simun. ¡Terriblemente eficaz, y sin fallo posible!

—Supongo que a mis otros compañeros les estará ocurriendo lo mismo, ¿no es así?

—¡Exactamente igual! Aunque en otras zonas.

—Si no he entendido mal, los isótopos mezclados con la purpurina tendrán peso y número atómico equivalente en su pantalla de control.

—Así es, Simun.

—Y en cuanto nos movemos, al ir de un sitio a otro, ahí queda reflejado.

—¡Buena deducción! Posees un cerebro brillante, que promete mucho, Simun.

—Gracias —replicó, sin poder evitar su tono de sorna.

—Cada mañana, al levantarte, te pondrás delante de tu registradora.

—Sí, ya sé: ella me dirá lo que tengo que comer, lo que debo beber y hasta lo que debo pensar.

—Te irás acostumbrando. Las dietas son programadas de acuerdo con las necesidades vitales de cada cuerpo humano. Esos isótopos son también como electrodos que registran tus necesidades higiénicas y médicas. De acuerdo con esos resultados, la registradora programará tu alimentación.

—¡Muy eficiente! Sigue.

La voz opaca e impersonal pareció adquirir mayor volumen y sequedad, al advertir:

—¡Siga! Debes decir “siga”.

—¿Cómo?

—El tuteo no está permitido, cuando se habla con alguien que pertenece al Comité Ejecutivo, Simun.

—¡Bonita democracia! Ustedes pueden tutearme a mí, pero yo a ustedes no.

—En Saturno no reina la democracia, al menos en el sentido tan gastado a como ha sido utilizado en la Tierra.

—¿Qué tienen contra la Tierra?

Ahora la voz se hizo altamente despectiva, al replicar:

—¡La Tierra! ¡Valiente porquería! Es un insignificante planeta 745 veces más pequeño que Saturno, con un sol raquítico, que a veces les niega sus favores a sus corrompidos habitantes.

—¿Acaso Saturno no pertenece al mismo sistema solar?

—¡Cierto! Pero fíjate, Simun... Fíjate cómo es aquí nuestro cielo y cómo los billones de pequeños astrolitos que forman nuestros diversos anillos mantienen la luz y el calor perennemente. ¡Nuestra temperatura es siempre estable y la más óptima!

—¿Qué pretenden, al separarse del Gobierno Central Galáxico?

—Crear un mundo mejor, una existencia más digna, más racional, más completa, donde los hombres y mujeres lleguen a adquirir su total dimensión. ¡Alcanzar todas sus inmensas posibilidades!

—¿Desde cuándo ha empezado esto? ¡Antes bien que admitían las relaciones con la Tierra!

—En los primeros años, sí. Necesitábamos crear las condiciones necesarias y por eso lo soportábamos.

—¿Ha dicho soportar? ¡La tierra sí que ha soportado un gasto enorme, para ir proporcionando a los diversos planetas los adelantos técnicos necesarios! ¡Y ustedes son de los que más se han beneficiado!

—Hasta adquirir nuestra mayoría de edad. ¡Nuestra independencia!

—Admita, entonces, que han sido unos aprovechados desagradecidos.

—Digamos más bien que hemos recogido la parte de la herencia que, como humanos, nos correspondía. Pero nuestras

aplicaciones morales son distintas.

—¡Lo dudo! Este sistema de control es infrahumano.

—Lo dices ahora, porque aún lo miras bajo la pequeñez de tu prisma. Pero, ¿te has preguntado a qué se debe la formidable organización de una colmena?

—Los hombres no son abejas.

—¡No! Son insectos mucho peores, cuando se les permite que dejen sueltos sus instintos. ¿O es que la Historia no te lo anuncia así, Simun? Echa un vistazo a los pasos del hombre sobre la Tierra, y encontrarás esas sucesiones de guerras y conflictos humanos, tan sangrientos como inútiles.

—Ya no existen las guerras. Hace siglos que...

—Pero existe el egoísmo, la maldad, la ambición, la envidia y un desenfreno de apetitos, que convierten al hombre en un pigmeo.

—¿Todo eso está desterrado aquí?

—Lo estamos desterrando, sobre todo con la creación de seres vivos completamente nuevos.

Simun Buskey recordó, indagando para seguir enterándose:

—¿Nuevos? ¿Qué me dice de los cerebros que roban a la Tierra?

—Cierto, Simun... Veo que estás enterado. Precisamente por eso hemos decidido cortar nuestro trato con la Tierra. En los últimos años esos “envíos” han empezado a descubrirse, y resultaba peligroso seguir haciéndolos. Tu escuadrilla fue la última que llegó aquí. ¡Ya no vendrán más!

—¿Para qué diablos necesitan a los muertos?

—Quizá te cueste trabajo comprenderlo, Simun. Tu ciencia es pequeña aún, y no admitirás que nosotros hemos encontrado la forma de reactivar los cerebros. Prácticamente, puede decirse que aquí, en Saturno, la muerte no existe.

—¿Cómo...?

—Oíste bien, Simun; cuando un cuerpo muere, bien por desgaste o accidente, si su cerebro no ha sido dañado, sigue sirviendo. ¡Vive en otro cuerpo!

—¿Y qué hacen con el cerebro del receptor?

—No cuenta.

—¿Cómo llaman a eso?

—Mejora.

—¡Absurdo! Yo diría asesinato.

—El bien común es lo que cuenta. Hay cuerpos que poseen cerebros que no valen para nada. Que son toda la vida inútiles: simples masas, incapaces de ideas geniales que contribuyen al desarrollo de la vida.

Simun Buskey estaba horrorizado, y la voz impersonal continuó:

—Nosotros hemos estado durante años y años transportando a Saturno los cuerpos de los hombres que habían muerto en la Tierra u otros planetas, y que merecían nuestra atención. ¡Y hemos sabido aprovechar esos cerebros!

—¿Los transplantan?

—Sí; es una técnica que hace muchos años sólo nosotros poseemos. ¡Ahí radica nuestra superioridad!

—¡Excelente "superioridad", basándose en despojos ajenos!

—Despojos que a vosotros no os sirven para nada, y que nosotros sabemos aprovechar. Por ejemplo, cuando no hace mucho murió el sabio cibernético Samuel Rossenforffd, ¿qué hicisteis con él?

—Enterrarle con todos los honores, tal como correspondía.

—¿Lo ves, Simun? Para vosotros esa vida terminó con unas honras fúnebres más o menos brillantes. ¡Nosotros la prolongamos!

—¡Sí! ¡Robando su cadáver! Como el de tantos otros hombres sabios.

—¿Y qué? ¿No es mejor que dejar que lo pudra la tierra? Ahora el cerebro de Samuel Rossenforffd vive en otro cuerpo, y su portentosa actividad científica sigue proporcionando excelentes frutos.

—¿Y qué me dice de los científicos que han asesinado, para aprovechar sus cerebros?

—¡Asesinato! ¡Qué palabra tan fea, Simun! A esos cerebros, simplemente les hemos proporcionado otros cuerpos. ¡Más bellos y más fuertes!

—Perdone, pero no me gusta eso. Tengo mis propias ideas.

—Las irás cambiando, Simun.

—¡Jamás me convertiré en un robot! ¡En una máquina!

—Peor para ti.

Reinó una pausa y, al poco, la voz volvió a advertir:

—Escucha bien ahora, Simun, voy a darte todas las instrucciones que seguirás al pie de la letra. Presta mucha atención, y procura no olvidar nada. El Comité Ejecutivo no permite fallos.

Y la voz que brotaba de la registradora siguió hablando y hablando infatigablemente.

Simun Buskey tuvo que escuchar, revestido de paciencia. Ya no era un hombre: se había convertido en una cifra:

Z-l-36. Simun.

CAPÍTULO VIII

El encargado del Laboratorio Central era un hombre desmesuradamente alto, de recias espaldas, aparentaba unos treinta años y, cuando le presentaron a su nuevo empleado, forzó una sonrisa al decir, mostrando su brazo tatuado:

—Soy Wolper. Bienvenido, Simun. Te gustará tu empleo.

Simun Buskey hizo la acción instintiva de alargar su mano, pero se contuvo, al observar que aquel hombre nada hacía para ofrecerle la suya. Los dos vigilantes que le habían conducido hasta allí se retiraron y, al quedar frente al joven encargado del Laboratorio Central, por decir algo, opinó:

—¿No es usted muy joven, para dirigir todo este tinglado?

—No tan joven, Simun —la sonrisa forzada volvió a los labios de Wolper, al comentar, echando a andar por el pasillo—: Digamos que tengo unos... ciento ochenta años.

—¿Cómo?

Wolper se volvió, dejando de caminar, al ver que su nuevo empleado no le seguía, paralizado, en mitad del pasillo, por la sorpresa. Las cuatro pupilas se encontraron nuevamente, y aquel hombre remachó:

—Es cierto, Simun. ¡No creas que te engaño!

—Pero si usted... ¡Usted sólo aparenta unos treinta años, todo lo más!

—Mi cuerpo, sí, pero mi cerebro, no.

Con un gesto mudo de su mano, le invitó a seguirle, y no volvieron a hablar hasta llegar a un despacho circular, desde donde se podía vigilar toda la planta en la que, a bulto, Simun Buskey calculó estarían trabajando más de quinientas personas.

Hombres y mujeres, todos uniformados, luciendo las mismas ropas de tonos verdosos que él mismo había tenido que ponerse. Seres que parecían como obsesionados en su tarea, cumpliendo su trabajo como las mismas máquinas que manipulaban.

Apenas se oía un ruido en toda la amplia planta de paredes de cuarzo transparente, por las que se filtraba la luz exterior. El despacho también tenía paredes transparentes y, nuevamente, con mudo gesto, el encargado le invitó a sentarse frente a la mesa.

Simun Buskey obedeció como un autómata. Ya empezaba, poco a poco, a perder su capacidad para reaccionar por él mismo, pero indagó, señalando a los que trabajaban:

—¿Qué hacen?

—Una tarea que tú también tendrás que hacer, Simun. ¡Crean vida!

—¿Cómo?

—Veo que tu capacidad de asombro es aún grande. ¡Ya dejarás de asombrarte a cada palabra!

—La verdad, es que usted dice unas cosas que...

—¿Te refieres a lo que dije sobre mi edad?

—Sí, señor Wolper.

—Ahórrate lo de "señor". En Saturno no se usa: simplemente nos llamamos por nuestros nombres respectivos.

—¿Y ninguno tiene apellidos?

—¡Aquí, no!

—¿Qué pasa si hay dos que se llamen lo mismo?

—No los hay: el Comité Ejecutivo cuida muy bien que en cada zona no se repitan los nombres.

Hizo una pausa; aquel hombre también se sentó y, juntando sus manos, añadió, al poco:

—Bien, Simun: hoy será tu primer día de trabajo. Por eso quiero informarte de la delicada labor que tiene encomendada esta planta. Puedes hacerme todas las preguntas que quieras, que yo estoy aquí para aclararte cualquier duda.

—Empecemos por una, Wolper.

—¡Adelante! —animó.

—¿Qué hay de esos ciento ochenta años que dices tienes?

—Contando por años terrestres, exactamente, ciento ochenta y dos.

—¡No es posible!

—Te dije antes que no te fijes en mi cuerpo. ¡Es mi cerebro el que cuenta!

Simun Buskey guardó silencio, una idea le asaltó y, al poco, dijo:

—¡Un momento! ¿Es posible que usted sea Davison W. Wolper, el sabio bioquímico inglés, que hace muchos años creó virus artificiales?

—¡Exactamente, Simun! Tienes una excelentememoria. ¡No creí que nadie se acordase de mí!

Instintivamente, llevado por el respeto que aquel nombre le inspiraba, SimunBuskey se levantó, quedando ante él, entre maravillado y perplejo. Sus labios deseaban decir algo, pero no acertaba con las palabras. Mil ideas se cruzaban en su mente y, al fin, pudo balbucir:

—Entonces… usted…, usted es uno de los que…

—Me trasladaron aquí, después de muerto… —le ayudó.

—¡Es fantástico!

—Yo no diría tanto, Simun. Simplemente es… pues eso, científicamente posible.

—¡Pero si usted murió hace cerca de siglo y medio! ¡Yo lo he leído en los libros de estudio! Cuando cursaba Biología, leí sus libros de texto y…

—Me alegro de que mis teorías hayan servido para las nuevas generaciones, Simun. ¡Me alegro mucho!

—Dígame, profesor.

—Wolper —volvió a rectificar—. Sólo Wolper.

—No sé, señor. Me costará trabajo tratar a un hombre como usted con tanta familiaridad.

—Te irás acostumbrando. En esta zona hay hombres tan famosos y célebres como lo fueron Daung Ellis, Mimuka Shaito, Erich

von Lannus.

—¿Cómo? ¿Daung Ellis está aquí también?

—Así es, Simun.

—¡Pero si yo asistí a su entierro, en San Francisco!

—Te creo, en la Tierra fue una celebridad mundial. ¡Toda una autoridad en Química orgánica!

—¿Y dice que está aquí, en esta zona?

—Sí, muchacho, en los Laboratorios vecinos al nuestro. Allí preparan los compuestos químicos que aquí manipulamos. Daung Ellis es el encargado, como yo lo soy de aquí.

Simun Buskey volvió a sentarse, incapaz de apartar su vista de los ojos tranquilos y dulces de aquel hombre. Un ser cuyos libros de texto estaban repartidos por todas las Universidades de la Tierra, como lecciones magistrales de bioquímica y que, si tenía que dar crédito a sus palabras, después de muerto, seguía allí, a mil ciento ochenta y seis millones de kilómetros de la Tierra, aún trabajando.

¿No era absurdo todo aquello?

Wolper debió leer toda su perplejidad en sus pupilas, ya que informó por su parte:

—Al poco de morir, me trasladaron aquí y metieron mi cerebro en un cuerpo tan hermoso y sano como éste.

Se miraba, satisfecho, y aún bromeó.

—Este que uso ahora es el tercero, Simun.

—¡Inaudito, profesor Wolper! Sólo puedo decir eso. ¡Inaudito!

—¿Por qué? No hay nada que hoy en día la Ciencia no pueda hacer.

—Pero, entonces, señor... aquí, en Saturno, prácticamente, no se muere nunca.

—Eso depende.

—¿De qué, señor?

—De la calidad de tu cerebro. Si vale, si los del Comité Ejecutivo encuentran que es de provecho, prácticamente, puedes vivir

tres, cuatro... ¡Muchas vidas!

—¿Y si es común y corriente?

—Cuando su ciclo vital termina, mueres, y en paz.

Wolper pareció recordar algo y, con un gesto de su mano, atajó la pregunta de su nuevo empleado:

—Bueno... también se dan otros casos, Simun.

—Dígame, profesor; antes dijo que podía preguntar todo lo que quisiera.

—Puede darse el caso también de que tu cuerpo sirva pero tu cerebro valga poco. Entonces...

—¡No siga, profesor! Ahora comprendo... Sirve para que el transplante se realice, y a un cuerpo vigoroso y bien dotado, se le ponga un cerebro elegido.

—Así es, Simun. Este cuerpo que ahora utilizo era de un atleta. Pero el pobre sólo tenía buenos músculos, era muy torpe y...

—¡Calle, profesor! ¡Todo eso es monstruoso!

—¿Por qué? Yo me voy acostumbrando, y lo encuentro racional. En un mundo supercivilizado, las medianías sobran. ¡Es mejor la selección!

—Y claro, aquí la selección la hará ese dichoso Comité Ejecutivo.

—¡Por supuesto, Simun!

—¿Y quién les "selecciona" a ellos, profesor?

Aquel hombre se levantó, quedando ante él con toda su imponente musculatura de fornido atleta, al exclamar, bastante irritado:

—¡Esa pregunta es irreverente, Simun!

Simun Buskey tomó su rígida actitud como un aviso.

Aquel hombre estaba muy satisfecho con todo aquel sistema y, por lo tanto, debía ser prudente. Que él supiera, hasta aquellos momentos, poseía un cuerpo magníficamente dotado y con bastante energía física.

“Debo andar con cuidado —se dijo para sí—. Si meto la pata o me excedo en algo... ¡A la cama de operaciones, y a meter dentro de mi cabeza cualquier cerebro privilegiado de los que tendrán almacenados!”

No era una idea que le gustase mucho.

Por eso plegó velas, y preguntó, señalando a través de las paredes circulares del despacho a los hombres y mujeres que trabajaban allí.

—Bien, Wolper. ¿Qué hace esa gente?

—Trabajar, cada uno cumple con lo que ha programado su registradora.

—¿Puedo saber a qué se dedican?

—Sí, sí, ven. Te iré mostrando la planta del Laboratorio.

Se levantaron y, dócilmente, se dispuso a acompañarle.

De paso, pensó que podría ir fijándose en todo.

CAPÍTULO IX

La voz bien timbrada de Wolper empezó a decirle, mientras le iba mostrando la planta del Laboratorio:

—El hecho de que hayas estudiado unos cursos de Biología y genética, me ahorrará muchas explicaciones, que resultarían farragosas. Los profanos en la materia no suelen comprender los procesos de la vida y, mucho menos, el hecho de que hoy en día en Saturno seamos capaces de crearla artificialmente.

—¿Se refiere a vida humana, profesor?

—¡Wolper! —insistió en rectificarle—. ¡Nada de profesor!

—Está bien, Wolper.

Sus ojos claros volvieron a parecer dulces, al proseguir, afirmando con la cabeza:

—Sí, vida humana.

—Sigue, Wolper.

—Tú sabes que el conocimiento de la naturaleza vegetal o animal de los virus, no está exento de dificultades, dada su extremada pequeñez. Con todo, las diferencias que distinguen a las plantas de los animales, insensibilidad y carencia de independencia en sus movimientos, hoy en día no se excluyen tan rigurosamente.

—Cierto, Wolper; ya se sabe que las plantas tienen sistemas nerviosos.

—¡Exacto, Simun! No hay más que recordar ciertas plantas carnívoras, cuyos nervios actúan y las ponen en movimiento, cuando desean atrapar alguna de sus presas.

—En el Brasil hay muchas.

—Yo las estudié, cuando vivía mi otra vida en la Tierra. Pero volvamos a los virus, los más pequeños de los organismos vivos. A los virus se les puede perfectamente clasificar como animales, ya que tienen autonomía en sus movimientos, y reaccionan frente a la luz, el calor, las sustancias químicas, etc, etc.

Hizo una pausa, antes de añadir:

—Es decir: los virus tienen un alto grado de sensibilidad.

—Así es, Wolper.

—El virus es lo que los científicos llamamos una nucleopotroína. Algo así como un huevo en miniatura. ¿Comprendes, Simun?

—Sí, se… quiero decir, Wolper.

—La "yema" del virus sería el ácido nucleico, y la "clara", la proteína. Todos los seres vivos, hasta ahora conocidos, están formados por esos miniseres llamados células, que, fundamentalmente, tienen esa estructura del huevo.

"Ya que estudiaste genética en mis libros de texto —prosiguió, al poco—, sabes que la estructura de las células ha sido analizada hasta la saciedad. Por lo tanto, hoy en día, fabricar un virus artificialmente resulta una cosa muy fácil.

—Supongo… —dudó un poco Simun Buskey.

—Y, a su vez, fabricar un virus químicamente es fabricar una célula viva. Tan célula y tan viva, como la que en el seno de la hembra humana puede dar lugar a un hombre o una mujer.

Debió creer que Simun se había perdido en el laberinto de sus explicaciones científicas, ya que insistió:

—Propiamente hablando, Simun, un ser humano es ya el huevecillo, "ovulo", si lo quieres llamar así, recién fecundado. Y lo realmente desconcertante, pero no menos cierto, es que un virus es más semejante al huevecillo humano que a un hombre adulto.

—¿Y aquí se ha llegado a crear artificialmente ese huevecillo humano?

—Sí, como si estuviera ya fecundado.

—Lo que quiere decir…

Le interrumpió con la mano alzada, afirmando:

—Lo que quiere decir que podemos crear tantas "hornadas" de hombres y mujeres como queramos.

La palabra "hornada" le recordó a Simun Buskey la linda cara

de una mujer rubia y bonita, que estaba destinada en el *bungalow* vecino al suyo. Ella le había dicho que tenía diez mil hermanas, y lo que estaba escuchando ahora...

—¿Pones atención en lo que te digo, Simun?

—¿Eh? Sí, Wolper, pongo atención. ¡Mucha atención!

—Parecías distraído.

—¡Oh, no! Sólo estaba pensando.

—¿En qué, Simun?

—En que, tal como dices, habéis podido llegar a crear, “artificialmente”, y con mezclas bioquímicas, la vida humana.

—¡Así es!

—Eso, en sí, ya es una gran cosa, pero entonces... ¿Para qué necesitan aquí robar cerebros ajenos?

—Observa que no han sido traídos cerebros corrientes. Todos pertenecían a hombres o mujeres que se habían distinguido por su capacidad creadora, su inventiva, sus experimentos y su fecunda labor científica.

—¿Debo deducir de eso, que, en tales “hornadas” no os salen bien los seres artificiales, por lo que respecta a su inteligencia?

Wolper pareció guardar un silencio que le forzaba a pensar, antes de aclarar:

—En cierta forma, ocurre eso, Simun. ¡Todo sale perfecto! ¡Pero la inteligencia de muchos de esos seres.., debemos confesar que deja bastante que desear!

—Es una lástima, ¿verdad?

Wolper no fue capaz, en su preocupación científica, de captar el ligero tono de ironía de su acompañante, volviendo a admitir, meneando pesaroso la cabeza:

—¡Lo es, Simun, lo es! Por eso teníamos que recurrir a importar cerebros.

La memoria de Simun Buskey, nuevamente, evocó dos rostros de mujer. El de la doctora Eva Bourvil, y el que no hacía mucho había visto allí, al decirle su rubia vecina que se llamaba Zana.

Pensó que quizá Wolper podía conocerla y, de forma inesperada, indagó:

—¿Conoces a una tal Zana, una criatura deliciosa que vive junto a...?

—Sí. Precisamente esa “hornada” la preparé yo —dijo Wolper con cierto orgullo.

—¡Te felicito, compañero! El molde te salió muy bien.

—Gracias, Simun.

—De nada, hombre, pero..., ¿qué me dices de su inteligencia? Pese a sus indudables perfecciones físicas, ¿sus cerebros os resultaron muy buenos?

—No mucho.

—Pues yo he conocido a una tal doctora Eva Bourvil, hermana de “hornada” de esa Zana, que era toda una inteligencia. ¡Desde muy joven aprobó su carrera médica, especializándose luego en hibernación!

Wolper pareció intentar recordar, antes de decir:

—¡Eva! ¡Eva Bourvil! No seré yo... ¡Ah, sí! ¡Ahora caigo! Es cierto, Simun. Salió de la misma “hornada” que Zana, pero en su cuerpo se transplantó el cerebro de Jacqueline Whitelex Huxley, la...

—¿La famosa doctora Jacqueline Whitelex Huxley? —le atajó Simun, entre asombradísimo y asqueado.

—Sí, Simun. ¿Por qué pones esa cara?

—Es que... ¡Qué barbaridad!

—¡Pero habla, hombre!

—Bueno, es que... Wolper; debo confesarte una cosa. ¡He estado amando a una centenaria!

—¿Cómo?

—Así es, Wolper. Me enamoré de la doctora Eva Bourvil, nada más verla, y no paré hasta conseguir incluirla en la dotación de mi nave.

—Bueno; eso no tiene mucha importancia. Tú te enamoraste de

su cuerpo, hermoso y joven.

—Pero si a ese cuerpo le pusisteis el cerebro de la famosa doctora Jacqueline Whitelex Huxley..,, ¡quiere decir que amé a una mente centenaria! La científica Huxley murió hace más de veinte años. ¡Yo era un crío!

Adoptando cierta rigidez en su atlético cuerpo, Wolper alzó la cabeza y rechazó:

—Digo que no importa. Pese a la edad de mi cerebro, yo amo y siento ganas de ser amado. Para esas cosas, la mente siempre es joven. Y no olvides que nuestro cuerpo lo es.

Quiso llevar la conversación por otros derroteros menos escabrosos y, al poco, recordó:

—A Eva Bourvil se le puso ese cerebro porque tenía que cumplir una misión en la Tierra.

—¡A fé mía que la cumplió! —recordó, a su vez, Simun Buskey.

—¿Sabes dónde está ahora?

Tuvo ganas de gritarle que justamente pulverizada por un rayo Lasser, tras haber alterado las mezclas de la hibernación en su astronave “Saturno 8”, causando así la muerte a más de trescientas personas. Pero siguió con su política sumisa y prudente, y mintió.

—¡Ni idea!

Durante más de dos horas, Wolper le estuvo mostrando toda la planta del Laboratorio que regentaba, hablando de cómo era manipulada la materia orgánica allí para su posterior transformación en seres vivos.

Hombres y mujeres, que tendrían como padres a los jefes del Comité Ejecutivo.

¡Curiosa paternidad!

Cuando, al fin, Wolper decidió regresar a su despacho, le dijo:

—Empezarás mañana, es mejor que te vayas aclimatando a todo esto. Puedes volver al *bungalow* que te han destinado y…

—Lo siento, Wolper. No es posible.

—¿Cómo? ¿Rechazas la posibilidad que te doy de unas horas

libres?

Como respuesta, Simun Buskey le mostró su antebrazo tatuado con la purpurina dorada, recordándole, al decir:

—¿Olvidas los isótopos radiactivos, Wolper? Al levantarme, mi registradora me ha dicho que hoy debo permanecer todo el día aquí. ¡Y ya sabes lo que le pasará a mi brazo, si en el control queda registrado que ando por otra parte!

Wolper pareció regresar de un sueño, y exclamó:

—¡Es cierto! Perdona, Simun… A veces, me olvido de eso.

CAPÍTULO X

En los días que sucedieron, difíciles de contar para Simun Buskey, según el cómputo de la Tierra, porque en Saturno la claridad diurna parecía ser eterna, tuvo ocasión de conocer a otros muchos que, como él, llevaban en el brazo derecho el tatuaje con purpurina dorada, que les designaba como destinados a la zona Z-l-36.

Hombres y mujeres, con sus específicas ocupaciones asignadas, sin poderse apartar un sólo ápice de aquellas obligaciones que, cada día, sus respectivas máquinas registradoras les ordenaban.

El control era perfecto y riguroso y, sólo los más antiguos o los seres que habían sido creados allí artificialmente, lograban aclimatarse a una existencia completamente regida por los jefes del Comité Ejecutivo.

Simun Buskey creía enfermar de impaciencia y obligada resignación cuando, inesperadamente, algo que le dijo su vecina Zana hizo renacer sus esperanzas.

Estaban charlando en el jardín, cuando la bella mujer rubia le dijo:

—Hoy he conocido a otro hombre como tú.

Simun Buskey ya se había acostumbrado a ver, entrelos componentes de la comunidad en donde le habían asignado, a hombres y mujeres que se parecían unos a otros como gotas de agua. Seres que habían sido creados en una misma “hornada”, y que sólo se distinguían entre ellos por el nombre que también les habían asignado, tatuándoselo en el antebrazo izquierdo.

Por eso no quedó muy sorprendido, aunque le dijo a la mujer rubia:

—Te habrás confundido, Zana. A mí no me han hecho a troquel, como a muchos de vosotros.

Zana hizo uno de sus graciosos mohines con los labios, al protestar:

—No me refiero a lo físico, Simun. Sino a tu carácter, a tu

forma de ser. A esa manera, tan extraña que tienes de pensar y decir las cosas.

Las cejas de Simun Buskey se arquearon, y ella prosiguió:

—También ha nacido en la Tierra.

Aquello ya le interesó más, y apremió con viveza:

—¿Dónde has conocido a ese hombre? ¿Quién es? ¿Dónde está destinado?

—En esta misma zona, pero al otro extremo de Z-l-36.

—Su nombre, Zana. ¿Cómo se llama?

—Jim… Tiene ese nombre tatuado.

Simun Buskey alzó los brazos al cielo constantemente verdoso, al exclamar:

—¡Gracias, buen Dios! ¡Hacía un siglo que no sabía nada de Jim March!

Al instante refrenó su alegría, y quiso saber, tomando las manos de la mujer:

—¿Es alto, con cabellos castaños, ojos tirando a gris, y una frente despejada?

—Sí… También tiene una dentadura perfecta. ¡Muy blanca!

—¡Es Jim! ¡Jim March! ¡El teniente que venía en mi nave! ¡Mi copiloto!

—Le han destinado aquí porque dijo que era especialista en motores atómicos. Un accidente en la sala de control causó la baja de varios obreros, y necesitaban un experto, para cuidarse de un sector de la Gran Pantalla.

—¿Te refieres a la que controla, por medio de los isótopos radiactivos, a todos?

—Sí.

Sin poderlo evitar, empezando a esbozar un plan de fuga, con el que no dejaba de soñar desde que llegó allí, Simun Buskey chascó los dedos, al exclamar:

—¡Vaya suerte!

—¿Por qué, Simun? Los que trabajan en la gran sala de control casi nunca salen de allí.

—Pero tú le podrás llevar una nota mía, ¿verdad, Zana?

La muchacha rubia pareció dudar, al musitar, mirándole fijamente a los ojos:

—¿Crees que eso lo vería bien el Comité Ejecutivo?

—¡Al diablo los del Comité Ejecutivo, Zana! ¿Es que siempre obedecéis como borregos?

—¡Ellos nos han dado la vida!

—Y ellos os la pueden quitar. En realidad, lo hacen cuando les conviene.

—¡No digas eso, Simun!

—¿Crees que miento, Zana?

—Sí… Ya te he dicho que tú eres un hombre muy extraño. ¡No te gusta estar aquí, con nosotros!

—No soy de Saturno. ¡No he nacido aquí! Pertenezco a la Tierra. Y sea aquél un mundo mejor o peor… ¡me gusta!

—Aquí no te falta de nada. Tienes tu registradora, que siempre vela por todo lo que necesitas.

—¡Sí! Lo sé, Zana.

Y con cinismo e irritación, exclamó:

—¡Hasta controla mis necesidades amorosas! ¡Qué asco!

—Son funciones fisiológicas normales, Simun. Y una prueba de que los del Comité Ejecutivo están en todo.

—Demasiado meticuloso, reina. Pero a mí, a los hombres constituidos como yo, no les gusta que nadie se meta en la parte íntima de su vida. ¿Comprendes?

—No.

Simun Buskey miró fijamente a la bella mujer, antes de volver a exclamar:

—¡Es desesperante! Con lo bella que eres, con lo armonioso

que es tu cuerpo y lo dulces que son tus grandes ojos, a veces pienso que sólo eres una linda pieza de relojería. ¡Funcionas sólo cuando te dan cuerda!

—¿Y eso es malo?

—No, Zana... ¡Es terrible!

—¿Por qué?

—¡Porque no tenéis libertad, diantre! ¿O es que no sabes lo que es eso?

—Lo sé, Simun. Aquí la libertad está en razón directa con el deber cumplido.

—¡Qué narices, Zana! El deber y el derecho son hermanos; su madre común es la libertad. Nacen el mismo día, y crecen, se desarrollan y mueren al mismo tiempo.

—No comprendo, Simun. ¿Qué quieres decir?

—Que aquí no tenéis más que deberes, pero muy pocos derechos, aparte de comer lo que cada registradora de uno indique, trabajar y no dar un solo paso que antes no haya sido programado por ella.

Estaban sentados en el jardín común, y la mano femenina acarició con dulzura los cabellos rebeldes del hombre. Y sus rojos labios se movieron al decir:

—Pobre Simun. ¡Sé que sufres mucho!

Simun retuvo aquella mano de suave piel entre las suyas, buscando los ojos de la mujer, al indagar;

—¿Me ayudarás, Zana?

—¿A qué, Simun?

—¡A huir...! —se retuvo, rectificando al instante—. A entrar en comunicación con mi amigo. Tú trabajas en ese edificio, y has dicho que has podido hablar con él, ¿no?

—Sí.

—Sólo se trata de que le lleves una nota mía. Quiero enviarle un saludo.

—Si sólo es eso... Puedes pedir permiso para hablar con él, y verle.

—¡No! ¡Me lo negarían!

—A veces, los conceden. Yo, una vez, fui a la zona W-2-37 y allí...

Simun Buskey no quiso apremiar más a la muchacha, para que no entrase en recelos. Por otra parte, tampoco quiso desaprovechar la oportunidad para ampliar su información sobre aquel extraño planeta, por lo que indagó, sin aparente interés.

—¿Qué hay en esa zona, Zana?

—Están los hangares. Es donde debiste llegar de la Tierra.

—¡Ah, sí! Ya conozco esa zona.

Debía ser cauto hasta con la bonita Zana, y dejó que la conversación se deslizara sobre la zona W-2-37, que ella había visitado. También estuvieron hablando de muchas cosas hasta que, como era normal, el escozor en sus brazos empezó a molestar su piel.

Zana se levantó al instante como un autómata, obediente al mando, recordándole:

—Debemos retiramos a descansar, Simun. Mi registradora me avisa.

—¡Condenados isótopos! ¿Es que nunca nos van a dejar tranquilos?

—Es hora de retirarse, Simun. Por eso los reactivan,

—¿Lo ves, Zana? ¿A esto tú le llamas vivir?

—Has tenido tus horas de trabajo, tus horas de comida, tus horas para pasear, leer y charlar. ¿Qué más quieres?

—Nada, Zana. Desear que descanses bien.

—Siempre lo hago. La registradora sabe las horas que debo dormir. Controla mi cuerpo, mis necesidades y...

—¿Tu alma también, Zana?

—¿Cómo...?

—Nada, preciosa. ¡Ya sabes! ¡Tonterías mías!

—¿No vas a darme esa nota para tu amigo?

—Bueno, verás… He pensado que puedes darle missaludos simplemente. Le dices que Simun Buskey está bien.

—Lo haré —sonrió con dulzura la muchacha.

Y agradecido ante su candor, tras acariciar su mejilla, el hombre rebelde añadió:

—También le dices que he tenido la gran suerte de encontrar una linda vecinita como tú.

—Gracias, Simun. Tu amigo también quedó impresionado, al verme.

—¡Cualquiera no, encanto! Sobre todo, debió creer que eras la doctora Eva Bourvil.

—¿Esa mujer que dices conociste?

—La misma, Zana. ¡Una de tus diez mil hermanitas!

El escozor en sus brazos aumentaba progresivamente, y era preciso obedecer.

La registradora les ordenaba descansar.

CAPÍTULO XI

Durante el tiempo que forzosamente tenía que pasar allí, Simun Buskey se planteó esta disyuntiva. O se doblegaba y aceptaba las cosas tal como estaba, o se decidía a luchar con todas las potencias de su ser.

Filosóficamente, se dijo que el hombre ha nacido para vivir entre las convulsiones de la inquietud, o entre la letargia del aburrimiento, y eligió lo primero, aunque estaba bien seguro, cualquier intento de sublevación al instante le costaría la vida.

Fue su lucha una pelea sorda, tenaz, constante sin concesiones para el abatimiento, y con una idea fija en la mente: conseguir huir de Saturno.

En la Tierra, y en todo el Sistema Planetario, debían saber lo que estaba ocurriendo allí. Los datos que, con infinita paciencia conseguía ir a almacenando en su memoria, resultaban cada vez más alarmantes.

Saturno no sólo pretendía la total independencia del Gobierno Central Galáxico, sino que, por ciertas filtraciones que llegaban a sus oídos en el lugar de trabajo, en la sala de recreo donde podía, durante una hora al día, charlar con los demás obreros, y aquí y allá, cuando a veces iba hacia su dormitorio o charlaba con Zana, supo que también se disponían para el ataque.

Lo confirmó el que un nutrido grupo de obreros llegaron de la zona A-0-1, para ampliar una de las alas del Laboratorio de Wolper, donde él seguía destinado.

Por sus distintas fisonomías, tipos y demás características personales, Simun Buskey supo que aquellos hombres, aunque habían nacido en Saturno, no eran criaturas humanas creadas artificialmente. Los había bajos y rubios, altos y morenos, delgados y más gruesos, aunque todos ellos con la característica común de los quedescendían, generación tras generación, de los nativos del planeta.

Un ligero tinte verdoso en su piel.

Las obras de ampliación del Laboratorio de Wolper se debían a que el famoso bioquímico tenía orden de aumentar su producción de

criaturas humanas al máximo. Simun supo que las “hornadas” se sucederían para lanzar sobre la gigantesca superficie de Saturno verdaderas oleadas de criaturas que, acelerado también por medios artificiales su crecimiento, en pocos años habrían multiplicado por cien los habitantes del planeta oculto entre sus anillos gaseosos.

Aquellas brigadas de obreros eran trasladados de unas zonas a otras y, por ellos, prudentemente dialogando, Simun se enteró de muchas cosas.

Por ejemplo, en la zona B-l-2 la fabricación de “misiles-atómicos” con diez cabezas nucleares cada uno, también se estaba acelerando. Lo mismo que la construcción de gigantescas astronaves, que pronto estarían dispuestas para viajes interplanetarios.

Y el objetivo debía ser la Tierra.

Aunque sus planes fueran a largo plazo, como prueba de que los del Comité Ejecutivo no se dormían, fue la obligación en todo el planeta de trabajar dos horas extras más, aunque para ello los ingenieros electrónicos tuvieron que “ingeniárselas” para que las registradoras programasen el nuevo horario, con los consiguientes trastornos por lo que a controles médicos, de necesario descanso, alimentación y horas programadas para el reposo, todo ello implicaba.

Debido a esto, cierta vez hubo un tremendo barullo en el comedor general, al no ponerse de acuerdo las programadoras, y concurrir dos turnos a la vez para consumir los alimentos.

Simun se figuró lo que debió ocurrir en la gran sala de control, cuando en la pantalla aparecieran, en el mismo lugar, doble número de obreros, estando sólo determinado que debían permanecer en el comedor únicamente la mitad. El escozor en los brazos de muchos de aquellos hombres empezó, paulatinamente fue aumentando hasta convertirse en dolor lacerante, cayendo al suelo muchos de ellos sangrando abundantemente por la acción de los isótopos radiactivos que les castigaban.

Aquello fue un verdadero aquelarre.

Gritos, aullidos, histeria, lamento de dolor y un tremendo alboroto, que obligó a los jefes de brigada a ponerse en comunicación con los del Comité Ejecutivo.

La medida más prudente fue desactivar la gran pantalla de la sala de control, dejando sin efecto los isótopos que cada uno de aquellos hombres llevaba impresos en sus brazos sobre el tatuaje que

los identificaba.

Simun Buskey, al instante, se acordó de un viejo refrán que muchos años atrás había oído decir a su abuelo:

“La ocasión la pintan calva, hijo...”

No desaprovechó un solo momento y, en aquella ocasión, sintiéndose libre, del silencioso “policía” que llevaba incrustado en los tatuajes de sus brazos, anduvo de un lado para otro, charlando, cambiando opiniones y enterándose de muchas cosas interesantes.

Hasta perdonó su comida, olvidando por una vez las malditas órdenes que la registradora de su dormitorio le había programado para aquel día.

Quedó asombradísimo cuando supo que, más o menos, sobre la superficie de Saturno vivían cerca de dos mil millones de habitantes. También supo que tenía veintidós grandes continentes, que éstos estaban unidos a través de los mares por puentes que a veces alcanzaban los diez mil kilómetros y que en su parte Sur, la más inhóspita del planeta, estaban los deportados, en un número que ascendía a los trescientos millones.

Trescientos millones de esclavos, dedicados a las más rudas tareas, para producir hasta la extenuación para un mundo que les rechazaba, por rebeldes a las normas del Comité Ejecutivo.

Simun quedó boquiabierto, cuando uno de aquellos hombres le dijo que él había sido uno de los fundadores de la primitiva colonia de deportados que por primera vez la Tierra envió a Saturno, a los pocos años de haber aterrizado las astronaves en aquel perdido rincón del Sistema Planetario.

No quiso consumir los minutos enterándose de detalles sobre aquello, pero no dejó de preguntarle:

—¿Tiene usted, entonces, más de trescientos veinte años?

—Digamos que, terrestres, exactamente trescientos setenta. Me deportaron aquí cuando había cumplido los cincuenta.

Le vio seguir boquiabierto, y aquel hombre amplió:

—Claro que como aquí una vuelta al sol equivale a veintinueve años...

—Pero de todas formas, ¡no puede ser que...!

—Es que siempre no he vivido con este cuerpo. Mi cerebro ya ha sido transplantado a diez.

La perplejidad siguió en Simun, que insistió:

—Aún así... ¿A qué se debe que, siendo simple obrero, hayan querido conservar su cerebro?

—Soy un excelente especialista en soldaduras autógenas. ¡Nadie ha construido más edificios que yo! Además, soy encargado de brigada.

Simun tenía otras muchas cosas que preguntar y, tras palmear las recias espaldas de aquel ser extranatural, se despidió:

—Le felicito. ¡Llegará a milenario!

—Si el Comité Ejecutivo lo quiere..., ¿por qué no?

Simun anduvo por el amplio comedor, de corro en corro. Temía que, de un momento a otro, la sala de control volvería a funcionar, y todos sentirían los efectos de los isótopos radiactivos en los tatuajes de sus brazos. Entonces, cada uno volvería a su sitio, el desbarajuste habría terminado, y, con él, aquella precaria libertad de qué disfrutaban.

¡Triste destino de los hombres, en Saturno!

Eran libres, cuando allí existía la desorganización.

Por un fallo técnico.

Una sirena empezó a zumbar, y cuando su estridente aullido terminó, los altavoces la reemplazaron, al anunciar:

—¡Atención! ¡Atención! ¡Vuelva cada uno a su puesto de trabajo! ¡Tenéis cinco minutos para hacerlo!

Reinó el silencio y, más perentoriamente:

—¡CINCO MINUTOS!

Todos obedecieron nuevamente como autómatas.Se sentían vigilados, atrapados por una zarpa invisible, que la ciencia del hombre había creado.

Los malditos isótopos radiactivos...

* * *

La respuesta de Jim March también fue verbal, transmitida por los rojos labios de Zana, que manifestó:

—Se puso muy contento y me dijo que te saludara. ¡Está muy satisfecho con su trabajo en la sala de control. Sus jefes le han felicitado porque ayudó a reparar la avería que...

—Sí, Zana, ya sé. Gracias.

Ni por un instante, creyó que un hombre del temperamento y el temple de Jim March pudiera estar “muy satisfecho con su trabajo”. Con toda seguridad se lo había dicho a Zana así, tanto para no comprometer a la muchacha, como para no comprometerse él mismo.

Había hecho muy bien.

Era preciso ir con pies de plomo.

Confirmó esta idea a las tres jomadas, cuando Zana le entregó un papel escrito, preguntando cándidamente:

—No entiendo lo que dice tu amigo, Simun. Intenté leerlo, pero...

—Es natural, Zana. Es el idioma que ahora suele utilizarse más en la Tierra.

—¿Cuál, Simun?

—El esperanto. También se extenderá a los otros planetas.

—Aquí, no. Dicen que nos hemos declarado independientes, y que los del Gobierno Central Galáxico son nuestros enemigos. Saturno puede valerse por sí solo, y no queremos convertimos en una colonia explotada por la Tierra.

—Eso es propaganda, Zana. ¡Cosas del Comité Ejecutivo!

—Tú siempre estás contra ellos, Simun. ¿Por qué?

Mil respuestas estuvieron a punto de subir a sus labios. Pero lo pensó mejor, y calmosamente se excusó:

—Es cuestión de adaptarse, Zana. ¡Ya lo conseguiré!

—¡Yo te ayudaré! Me han dicho mis jefes que me darán

permiso para que mi registradora me programe un marido.

Simun Buskey no pudo por menos que sonreír:

—¿Ah, sí?

—Sí, yo tendré que rellenar una cartulina, dando los datos físicos y personales del hombre que deseo elegir. La meterán en una lectora electrónica, la ficha agujereada pasará a la computadora y...

Sonreía deliciosamente, al terminar:

—Y como los datos serán los tuyos, y la registradora nunca se equivoca, pues...

—¡Eres un encanto, Zana!

—¿Tú no me elegirás a mí, Simun?

—Sí, preciosa. Nuestras cartulinas coincidirán y..., siempre con el permiso del Comité Ejecutivo... ¡nos casaremos!

—¡Qué barbaridad, Simun!

—Pues mira, nenita. En parte, tienes razón. Aunque...

—¿Qué, Simun? ¿Tampoco estás de acuerdo en esto? ¡Lo dicen las computadoras!

—Si es así... ¡no hay más que hablar, Zana! Nos someteremos a ellas.

—A veces, me confundes. Nunca sé cuándo hablas en serio o en broma.

—Ahora hablo en serio, Zana. También pondré en la cartulina tus datos físicos y morales, aunque... me temo que...

—¿Otro reparo?

—Bueno, nenita. Tú misma me has dicho que eres de una hornada de diez mil hermanitas. Quién sabe si la computadora no me traerá alguna rubita como tú, de cualquier otra zona.

—¡Eso no! Porque te elegiré yo. ¡Me gustas!

—Ya es algo. A ver cómo consigues decirle a la computadora que sientes eso por mí. ¡Me gustaría verlo!

—Ella leerá mi cartulina, y todo saldrá bien. ¡Tendremos

muchos hijos!

Simun Buskey entornó los ojos para que ella no pudiera leer en sus pupilas.

Se había enterado, por su jefe Wolper, el sabio bioquímico encargado del laboratorio, que los seres artificialmente creados por él, amén de ciertas taras, que determinaban su escasa capacidad mental, no eran fecundos.

En cierta ocasión, comentando con él el proceso de la creación artificial de seres humanos, a partir de los virus producto de las combinaciones bioquímicas, le había dicho:

—En realidad, esas criaturas tan perfectas en lo físico, son creadas para llenar los puestos de trabajo y para...

Simun había insistido en su afán de información, hasta que Wolper terminó:

—Y para que sus cuerpos, casi perfectos, puedan recibir los transplantes de cerebros que precisamos, y debemos conservar siempre con vida, siempre en actividad...

Y ahora, cuando la pobre Zana soñaba con tener muchos hijos de él, sintió una profunda pena por la muchacha.

Ellos lo ignoraban, pero habían sido creados con el único objeto de servir al Comité Ejecutivo que, aún en aquella parte de la vida, hacía notar su presencia.

Simples conejos de Indias,producto de laboratorio...

CAPÍTULO XII

La nota de Jim March no estaba escrita en esperanto, sino en clave.

Una clave especial, que los hombres del espacio utilizaban, para los momentos de emergencia, durante sus peligrosos vuelos. Un auténtico jeroglífico, pero que, en la intimidad de su cuarto, Simun Buskey pudo descifrar fácilmente, enterándose así del contenido.

En síntesis, Jim le comunicaba que, en el momento deseado, y gracias a su proximidad a la sala de control, podía crear un desbarajuste como el de jornadas pasadas, al objeto de que, en la gran pantalla, los componentes del Comité Ejecutivo no pudieran controlar los movimientos de todos los hombres destinados en la zona Z-l-36.

Aquello era muy importante.

También lo eran las noticias que le daba de la doctora Virna Ariel, así como de las tres enfermeras que la habían acompañado en aquel viaje. Siempre por los movimientos de la gran pantalla en la sala de control, Jim había llegado a saber que estaban destinadas en la zona W-2-37, entre el personal sanitario que debía cuidar de los astronautas que adiestraban en aquella zona donde estaban situados los gigantescos hangares, con el colosal cosmódromo principal de Saturno, donde ellos habían aterrizado.

Con apretados signos, siempre en clave, Jim se había esforzado en transmitirle, en aquella nota, importante información. Lo era el hecho de que en aquella zona W-2-37, la actividad fuera realmente febril. Constantemente llegaban grupos de otras zonas, para ser sometidos a un intenso entrenamiento militar.

“Hombres extrañamente iguales”, se maravillaba Jim en su nota.

¿Es que acaso no sabía lo de la creación artificial de las criaturas humanas?

Jim no se extendía en sus condiciones de vida, para ceñirse sólo a lo que realmente podía ser importante para ellos. Y al final añadía, con signos nerviosos, casi indescifrables:

> “Prepárate, amigo Simun. He oído por aquí que los del Comité Ejecutivo ya están enterados de que fuimos nosotros los que destruimos dos de las naves de nuestra escuadrilla. Las otras dos llegaron aquí, y el traidor de Gregory les ha dado nuestros datos. Al parecer, han estado sufriendo un período de pruebas en la zona Ch-12-6, hasta adquirir la carta de ciudadanos de primera. Me he enterado de que ellos no están tatuados como nosotros, y que pueden andar por todas partes. Gozan de los privilegios de los ciudadanos de esta categoría, que suman una décima parte de los habitantes de este endemoniado planeta.”

El último signo, Simun Buskey lo tradujo por un apremiante:

“¡Contéstame por el mismo conducto, Simun! ¡Estoy dispuesto a todo!”

Simun llevaba más de tres minutos sufriendo el escozor en sus tatuajes, cada vez también más intenso y apremiante. Ya tenía la suficiente experiencia sobre lo que significaba aquello.

Su registradora le había programado, al empezar la jomada, que debía estar descansando a tales horas, pero él se había entretenido, al descifrar el largo mensaje del amigo. El dolor se hacía intenso, lacerante, y era preciso obedecer y ocupar la posición del lecho, para que en la gran pantalla de la sala de control los números atómicos de sus isótopos radiactivos dejaran de apremiarle.

Por eso se tumbó en la cama, tras destruir el comprometedor mensaje, musitando, al recordar las últimas palabras de Jim March:

—Yo también, Jim. ¡También estoy dispuesto a todo!

* * *

Al levantarse y ponerse ante la registradora, la voz opaca e impersonal le anunció:

—Hoy no irás al trabajo, Simun.

Alarmado, aunque esforzándose para reprimir su tono, indagó:

—¿Cómo...?

—Tienes siete minutos para ducharte, dos para vestirte, cinco para tomar tu desayuno programado, que puedes leer en la cartulina, tres para esperar la llegada del *“Air-Craft”* que te llevará hasta el edificio 22, y cinco minutos más para entrar, tomar el elevador, llegar al piso décimo, y presentarte al ciudadano de primera, Durenko.

El circuito seguía funcionando, ya que el parpadeo de las luces así lo anunciaba. Simun permaneció frente a su registradora, pese al silencio de la voz, que al poco volvió a ordenar:

—El resto de la programación queda en suspenso, hasta ver la resolución del ciudadano de primera, Durenko.

Y tras nuevo y breve silencio, el anuncio cotidiano:

—¡Empieza a contar la programación, Simun!

Las luces se apagaron, pero lo que empezó a funcionar fue el cerebro del hombre apremiado.

—Prescindiré de la ducha, del desayuno, y me vestiré velozmente —pensó—. ¡Debo ganar unos minutos para escribir un mensaje a Jim y enviárselo por Zana!

Febrilmente, empezó el mensaje para el amigo, utilizando la misma clave. Cuando, minutos después, perfectamente vestido y frente al jardín de su *bungalow*, vio acercarse al gigantesco *“Air-Craft”* deslizándose sobre un colchón de aire, sin fijarse en los trescientos obreros que el ingenioso vehículo transportaba, alzó la mano para desear de todo corazón a Zana:

—¡Feliz jornada, cariño!

Ignoraba si volvería a ver a la bonita muchacha rubia.

Como ignoraba por qué tenía que presentarse ante el ciudadano de primera Durenko, en el décimo piso del edificio 22, que quedaba bastante apartado del laboratorio de Wolper, donde estaba destinado.

No tuvo que decirle nada al conductor, que también había iniciado su jornada con la debida programación, y que, por lo tanto, debía saber que a él debía dejarle frente al edificio. 22, en una parada desusada.

En efecto, la gigantesca plataforma del "*Air-Craft*" quedó inmovilizada a diez centímetros del suelo frente al edificio 22, anunciando la voz del conductor:

—Te quedas aquí Simun.

—Lo sé. ¡Buena jornada, amigos!

Nadie le deseó lo mismo a él… ¡Y eso que lo necesitaba!

El ciudadano Durenko era un hombre de anchas espaldas, formidables mandíbulas cuadradas y manos de oso, muy velludas. Cruzaba los dedos cuando quedó ante él, y su voz resultó algo aflautada, en marcado contraste con toda su recia humanidad:

—Simun, zona Z-l-36.

—Sí, ciudadano Durenko.

—Vas a ser trasladado a la parte Sur del planeta.

Simun Buskey, con un leve estremecimiento de hombros, pensó en los trescientos millones de esclavos deportados. También pensó en el mensaje de Jim, en un hombre llamado Gregory, que había pertenecido a su escuadrilla y que, con toda seguridad, era el responsable de que su relativa tranquilidad hubiese terminado en Saturno.

Pero su voz no delató su intranquilidad, al decir:

—Sí, ciudadano.

—Se te acusa de haber asesinado a uno de nuestros mejores ciudadanos. La doctora Eva.

—Si se refiere a Eva Bourvil, debo decirle que no fui yo. En aquel instante, estaba tripulando mi astronave, "Saturno 8".

—Es lo mismo. Eva no regresó, y debía hacerlo. ¡Fuiste tú quien destruyó el "Saturno 7" y el "Saturno 6"!

—Ellos nos atacaron.

—Debiste someterte a la hibernación. ¡Como todos los de tu escuadrilla!

—No ocurrió, por una simple casualidad. Quise pasar los últimos minutos junto a la doctora Eva y…, una de sus enfermeras ayudantes descubrió que la hibernación había sido un fracaso.

—¡No era un fracaso! ¡Necesitábamos todos esos cerebros que traíais!

—No estaba al corriente.

El ciudadano Durenko volvió a cruzar sus manos de oso, para apuntarle con su cuadrado mentón, al apremiar:

—¿Acaso te habrías sometido, de saberlo?

—Quizá sí, de habérmelo explicado la doctora Eva. Morir en un cuerpo, para luego vivir en otro, no es tan malo.

—¡Desde luego! Mucho mejor que lo que te espera.

Era la sentencia, y Simun sabía que resultaría inapelable. Mentalmente, calculó que Jim ya habría recibido de manos de Zana su mensaje, y entonces hizo lo que menos esperaba el ciudadano Durenko, que seguía encastillado tras su monumental mesa de trabajo.

Avanzó hacia él, puso ambas manos sobre la mesa e, inclinándose mucho, estalló, con la cólera de largo tiempo contenida:

—¡Tienes cara de cerdo, ciudadano!

—¿Eh? ¿Cómo...? ¿Cómo te atreves?

El dueño de aquel despacho se levantó, demostrando que era casi tan alto como Simun Buskey, que no esperó que la mano derecha de aquel hombre fuera a buscar la pistola desintegradora que lucía en su cadera.

Mucho antes llegó su puño, proyectado con furia sobre aquella cuadrada mandíbula, proyectándole contra el suelo y arrastrando la silla.

Al instante, saltó sobre él, y el forcejeo resultó breve. Simun tenía buenos puños, y le bastó un nuevo golpe para enviar al país de los sueños al hombre que había pronunciado su sentencia. Le quitó el arma, buscó sobre el verdoso uniforme y, cuando empezaba a recuperarse, ordenó, tajante:

—¡Arriba, ciudadano! Vamos a dar un largo paseo.

Durenko gruñó, sentado en el suelo:

—¡Es una estupidez! En la pantalla de control sabrán lo que haces.

—¡Error, amigo! Mi misma registradora me ha dicho, sin darse cuenta, que esta jornada estoy fuera de control. La programación quedó consignada hasta llegar aquí, en espera de lo que el ciudadano Durenko determinase.

Aquel hombre quiso ganar ventaja, al advertir:

—Cierto. No te molestarán tus isótopos radiactivos. Pero en control esperan mi llamada.

—Llamada que ahora mismo harás. ¿O prefieres que...?

—¡No! ¡Espera!

Un arma desintegradora tampoco tiene apelación posible, cuando es disparada. Y el corpulento ciudadano Durenko no tenía ganas de verse convertido en átomos imposibles de identificar. Los ojos de aquel hombre que empuñaba su pistola reflejaban toda la loca desesperación de un ser llevado al límite. Y como ya no podía elegir...

O mataba, o moría.

—¡Llama, ciudadano! —aún apremió.

Astutamente, Durenko se situó ante la pantalla del visófono de forma que pudiera verse al otro lado de la comunicación su cintura desarmada. Su gesto era huraño y ceñudo, pero el hombre que le amenazaba indicó:

—Acércate de forma que sólo se te vea esa caraza de gorrino. ¡Y sonríe! ¡Sonríe con soltura!

La cuadrada mandíbula se distendió en una mueca que pretendía ser sonrisa, para anunciar, al quedar establecida la comunicación:

—Voy a conducir personalmente a Simun, control.

Desde un lateral, fuera de enfoque de la pantalla, pero pudiendo observar lo que se reflejaba en ella, Simun distinguió el rostro delgado de un hombre, que a su vez pidió:

—Espera, Durenko. Aquí hay otro de los acusados. Vamos a darle la orden para que vaya para tu despacho. Se llama Jim.

—Bien, espero.

La comunicación quedo cortada, y Durenko se sentó. Al instante, tuvo que levantarse ante el movimiento significativo de

aquella mano armada, que no le dejaba de apuntar. Y la voz de aquel hombre ordenó:

—Iremos nosotros por Jim. ¡Saldremos a su encuentro!

—¿Cómo?

—¿Estás sordo, ciudadano? Lo haremos con tranquilidad, sin despertar sospechas, caminando pausadamente, como dos buenos amigos. ¿Dispones de vehículo?

Como si hubiese sido una gran ofensa, la mandíbula cuadrada se alzó, al confirmar:

—¡Por supuesto! ¡Soy un ciudadano de primera!

—Pues de nada te serviría, si cometes la menor tontería. ¡Andando!

La suerte estaba echada.

CAPÍTULO XIII

No resultó difícil llegar a la salida del edificio 22, pero sí avanzar por las anchas calles.

Durenko miró aquel desbarajuste, con ojos saltones, sintiendo que le informaba, al oído, su acompañante:

—No es nada, ciudadano. ¡Una simple avería en la sala de control!

—Pero todos ésos… ¿dónde van? ¿Qué hacen?

—Sin gritar, amigo. El más leve gesto, y te volar tizas.

Conducido por el propio Durenko, el vehículo se deslizaba a dos palmos del suelo, teniendo que sortear los grupos que salían de varios edificios para confluir en la calzada principal. Simun jamás había conducido uno de aquellos *“Air-Craft”*, pero, fijándose en los mandos, preguntó:

—¿Estos chismes pueden elevarse más?

—Sí.

—¡Pues arriba! Iremos más seguros… ¡Tú y yo!

Recordó las charlas con Zana, y le obligó a tomar la dirección sur de la zona Z-l-36. La orden era llegar cerca del edificio de control, en donde esperaba encontrar a Jim March, libre también de los malditos isótopos, al haber producido la avería en la gran pantalla.

Prácticamente, como ya había ocurrido otra vez, toda la zona estaría descontrolada. Eran los momentos que ellos debían aprovechar para, como fuera, trasladarse a la vecina zona de W-2-37, al objeto de luchar con uñas y dientes para conseguir llegar a alguna de las muchas astronaves que practicaban por aquellas jornadas en el cosmódromo principal de Saturno.

El resto era cuestión de suerte.

O de pericia.

Mientras volaban a media altura, Simun vio todo aquel

desorden que para él se traducía en una cosa: los obreros, así que se veían libres del riguroso control de los isótopos radiactivos, aunque de forma pacífica, demostraban su disconformidad.

No es que se alborotasen, pensando en una seria sublevación. El Comité Ejecutivo disponía de armas muy poderosas para reprimir cualquier intento serio. Pero se conformaban con abandonar sus lugares de trabajo, con andar por las calles y dialogar entre ellos por grupos, ansiosos de disfrutar de unos momentos de libertad, que les servían de desahogo.

Por su parte, las autoridades tampoco cometían la equivocación de emplear toda su fuerza, por una simple avería que consideraban casual, como la que no hacía mucho había ocurrido. Todo volvería a la normalidad, y no había por qué agravar las cosas.

¿A dónde podían ir todos aquellos hombres marcados? ¿Qué posibilidades de escapatoria tenían?

¡Ninguna!

Que al perro, a veces, es conveniente darle soga para que él mismo no se ahorque.

La pistola sobre el costado del conductor, Simun quiso saber:

—¿Cuál es el edificio de control?

—Aquél, el más alto.

—Hacia él. Pero desciende antes de llegar. Tenemos que recoger a un amigo.

—¡Es una locura! ¡No podréis escapar!

—Más locura es la vuestra, y lo estáis intentando. ¡La Tierra debe saber lo que está ocurriendo aquí!

—La Tierra está muy lejos. ¡Nada podrá contra nosotros!

—El Gobierno Central Galáxico, sí.

—Nos defienden nuestros anillos. ¡Saturno es inexpugnable!

—Eso lo dirán los técnicos militares. En todo caso, una vez avisados, vuestro ataque no pillará de sorpresa.

—Lo viejo y caduco debe morir, en favor de lo nuevo y lo que representa esperanza.

—¿Qué esperanza representáis vosotros?

—¡La inmortalidad! Con nuestros transplantes de cerebros, el hombre no morirá nunca.

—La inmortalidad sólo le corresponde a Dios.

—Transplantados en cuerpos fuertes y jóvenes, que los rieguen con su sangre, los cerebros pueden vivir eternamente.

—¡Otro sacrilegio! La vida puede y crea seres. ¡Pero no debe ser producto de laboratorio!

—¿Qué más da, si hacemos vivir a la materia?

—No te esfuerces, ciudadano. ¡No lograrás convencerme!

En aquella parte de la zona también se notaba que no reinaba el orden acostumbrado. Todo sistema tiene algún fallo, y el del Comité Ejecutivo radicaba en que, fiados de forma absoluta a su policía de isótopos reactivos, no empleaban vigilantes.

Desde media altura, Simun descubrió a un hombre que agitaba los brazos ante un grupo de curiosos que se iba engrosando. Achicó sus pupilas y, más que su vista, le guió el corazón, al indicar, presionando con el arma:

—¡Allí, baja!

El vehículo fue descendiendo suavemente, y la gente se fue apartando. El mismo Jim March caminó para evitar lo que consideraban el contacto con uno de los ciudadanos de primera que, seguramente, bien armados y llevando su escolta, intentaría conducirle a sus puestos de trabajo.

Pero se vio sorprendido al oír una voz amiga que le llamaba:

—¡Jim! ¡Jim! ¡Corre hacia aquí, pronto!

Al instante se volvió al recio conductor:

—Una sola palabra a esos hombres y... ¡te fulmino!

Era de temer que, aunque medio esclavos, puestos a elegir, los que habían nacido en Saturno no dudarían en atacarles, si descubrían que ellos pertenecían a la Tierra, a la que, por la propaganda masiva de los últimos tiempos, hasta la ingenua Zana consideraba su enemiga.

El pequeño *“Air-Craft”* no llegó a rozar el suelo, cuando ya Jim

March estaba sobre su plataforma, con los ojos desorbitados, mirando a los dos hombres. Por la posición de la mano armada de Simun, apenas alcanzó a ver el arma, aunque comprendiendo al instante, aceptó:

—Bien, mi comandante. ¿Ahora, a dónde? ¿O es que piensa llegar con este chisme a la Tierra?

—Hay magníficas astronaves en la otra zona, Jim.

—Sí, pero…, ¿podremos llegar?

Simun Buskey señaló con la cabeza al hombre de la mandíbula cuadrada, opinando:

—Eso depende de él. ¡De las ganas que tenga de morir!

—Lo habéis hecho muy bien —dijo Durenko, para añadir con cinismo—: ¡Lástima de cerebros!

—¿Qué piensas, ciudadano? ¿Que los habríais podido transplantar a una de esos cuerpos que creáis?

—¿Por qué no? De aquí a cien o doscientos años, habríais podido ver a Saturno dueño de todo el Sistema Solar.

Siempre amigo de los poemas, mientras se elevaban, Jim March recitó:

…en nuestros locos ensueños,

renunciamos a lo que somos,

por lo que no llegaremos a ser.

—Lo nuestro ya es una realidad.

—Pero no, una victoria —replicó Simun.

La zona poblada empezó a quedar atrás, para sobrevolar sobre una montaña de singulares formas. El cielo verdoso las hacía despedir destellos y, sin dejar de conducir el vehículo, Durenko anunció:

—Ahí tenéis, esas simples montañas valen más que todo vuestro gastado planeta, ya viejo y caduco, incapaz de alimentar a sus hijos.

—¿Qué son?

—¡Uranio! ¡Casi puro!

Los labios de Jim March se contrajeron, al observar, desde la altura, las peladas rocas, manifestando:

—¡Bah! Prefiero una montaña con árboles y pinos, con alguna alegre liebre y un fresco riachuelo que la cruce.

En la lejanía, y debido a la altura tanto como a sus colosales proporciones, empezaron a dibujarse las pistas metálicas del gigantesco astródromo. Durenko deseaba seguir directamente hacia él, pero astutamente la mano armada de Simun presionó sobre su costado, ordenando:

—No te pases de listo, ciudadano. Si nos ven llegar, se interesarán por nosotros, y no es precisamente lo que queremos.

—Buscáis una nave, ¿no?

—Sí, pero lo haremos sin escándalo. Desciende mucho antes de llegar, y nos acercaremos conduciendo a ras del suelo.

Jim March clavó la vista en los altos edificios que ya empezaban a brotar del suelo al acortarse las distancias, y pensó en voz alta:

—¿No podríamos intentar llevarnos, al menos, a la doctora Virna Ariel y las tres enfermeras?

—No, Jim. ¡Sería una locura! Zana me dijo que en cada zona existe una pantalla de control. Hemos conseguido inutilizar la de nuestra zona, pero ésa...

—Comprendo, Simun.

—Me duele tanto como a ti dejarlas, pero apenas tendremos tiempo para conseguir elevamos en una de esas naves.

—Si lo conseguís. ¡Ya será suerte!

Simun, miró a Durenko y gruñó:

—Tú nos ayudarás también en esto, ciudadano.

—¿Yo?

Empezó a temblar, al adivinar:

—¿Es que..., es que pretendéis llevarme a la Tierra?

—¡Exacto, amigo! ¡Tienes muchas cosas que decir!

* * *

No resultó difícil, porque la sorpresa es siempre uno de los mejores factores.

Por otra parte, ¿quién podía esperar que tres hombres se acercasen a una de las naves alineadas, sin que en la gran pantalla control de la zona W-2-37, se reflejase?

Y si lo hacían, ¿es que no estaban autorizados?

Lo que nadie llegó a sospechar fue que, si dos de aquellos tres hombres lucían sus tatuajes con isótopos radiactivos, estaban fuera de control en aquella zona, por la sencilla razón de que habían venido volando desde la vecina Z-l-36.

Y en cuanto al otro, ¿acaso no llevaba su bonito uniforme de ciudadano de primera?

La fuga fue posible gracias a la pericia de Simun Buskey, secundado por su copiloto Jim March, así como por haber estado guardando celosamente uno de sus secretos los dirigentes de la colonia de Saturno, durante tiempo y tiempo, hicieron creer al Gobierno Central Galáxico que las naves no podían salir de los anillos del planeta, nada más que durante, ciertos días, cada dos años.

Los fugitivos demostraron, con su loco intento, que aquello era otra mentira.

Un camuflaje para tener más resguardada la clase de gobierno que se había establecido allí, en donde la voluntad omnipotente del Comité Ejecutivo era la única que contaba.

Sólo que, al fin, el Gobierno Central Galáxico sabía a qué atenerse, y podía poner los medios para evitar males mayores. Aquella locura de Saturno no podía propagarse al resto de los planetas, y, si no se le combatía para aniquilarlos hasta el fin, al menos vivirían encerrados en su mundo extraño.

Un mundo extraño que, anhelando Eternidad, sacrificaba uno de los mayores bienes que les es dado disfrutar a los seres humanos.

Su voluntad de elección.

O como dijo Jim March, tan amigo de citar a los poetas:

…en nuestros locos ensueños,

renunciamos a lo que somos,

por lo que no llegaremos a ser.

* * *

Tiempo después, durante su merecido descanso, y mirando al cielo estrellado de una bella noche californiana, Jim March clavó sus ojos soñadores en el infinito, y preguntó al amigo:

—¿Qué crees que harán con Virna y las otras mujeres?

—No sé, Jim…

—¿Quién sabe, Simun? Quizá, cuando tú y yo llevemos un par de siglos muertos, ellas aún pensarán en nosotros, aunque sus cerebros vivan en otros cuerpos.

—No pasará tanto tiempo sin solucionarse eso, Jim. El hombre siempre ha tenido problemas ante la vida, el Universo y el resultado de sus propios inventos. ¡Pero siempre termina por solucionarlos!

—Una guerra con Saturno sería catastrófica.

—Cierto, amigo. Pero el mundo no se terminará, por eso.

—Tienes razón, Simun. Antes, una tribu luchaba contra otra. Más tarde, un pueblo contra otro. Una nación, con su rival. Un imperio. Luego llegaron dos guerras mundiales, una atómica, y ahora…

—Ahora, la lucha será a escala planetaria.

—¿Siempre tiene que ser igual, Simun?

—Siempre, hasta que el hombre se eleve sobre sí mismo, y vea claro su destino.

—¿Cuándo será eso, amigo?

—Cuando el hombre se acerque más a Dios, Jim.

—¡Pues yo quiero llegar! ¿Será por eso, que me gusta tanto el infinito?

Y los dos hombres siguieron mirando al cielo estrellado, en donde las eternas luminarias de los astros parecían hacerles guiños, como invitándoles a llegar hasta ellos.

FIN